

INSOMNIOS

Juan Planas Bennásar



Juan Planas Bennásar, Palma 1956, publicó en la década de los ochenta sus primeros poemarios: Hipertelia y Pasión Impresa. Decidió entonces desaparecer para acabar diseñando sus telarañas conceptuales en Internet. Quizá Insomnios sea el precio de un rescate o la prueba de un regreso. Seguramente ambas cosas.

Juan Planas

La Guantería  
LA BOLSA DE PIRAS 44



INSOMNIOS

# Insomnios



Juan Planas Bennásar  
**Insomnios**  
Cuaderno de Bitácora



La Guanterera

Los Súperextra de LA BOLSA DE PIPAS

44

Primera Edición en La Guanterera:

2003

Ilustración de la portada: La Dama de Shallot, de John Atkinson Grimshaw

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren o plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Planas Bennásar, 2003.

© La Bolsa de Pipas, 2003.

Calle de la Beata 8, Esporles 07190.

Tel. 971-610144

e-mail: bolsadepipas@cits.es

Edita **romar|cl**  
comunicación

Plaza de España 4, 4º, 2ª

07002 Palma de Mallorca

Depósito Legal:

ISBN 84-932502-4-4

Impreso en Imprenta Homar

Gremi Sucrers i Candelers, 40

Polígon de Son Castelló

07009 Palma de Mallorca

*"Te ruego que penetres en tu vida,  
te lo suplico, aprende a decir Yo  
cuando yo te pregunto;  
porque tú no eres parte sino todo,  
no porción sino un ser".*

Ezra Pound



## Prólogo

Miro alrededor para cerciorarme de que existo. Una forma ajena se adhiere a mis contornos y me obliga a distinguir entre adentro y afuera. Intento diluirme en ese laberinto. En ese lenguaje. Y sólo hago acto de presencia para desandar los senderos que me condujeron al extravío, sin permitirme llegar a buen puerto.

Veo un sol crepuscular y una línea dibujada donde se extingue el universo. Distingo un arco iris embrujado sobre un mar de aguas turbias y una sospecha de amargura que se balancea en ese lugar tan alejado donde convergen las miradas. Algo infinito reducido a un solo punto. Y el recuerdo de una explosión antigua en el tiempo recorre mi piel como un escalofrío del que ignoro el origen.

Tengo por ciertas no pocas dudas.

Repetiré esta última frase hasta que deje de tener sentido. Multiplicaré mi imagen hasta convertirme en el más

ínfimo reflejo de mí mismo, allá en la profundidad inalcanzable del último espejo.

Lego esa asombrosa letanía martirizante a quien pueda y quiera perseverar en ella, y reconozco en mi mirada un leve temblor de envidia. Sólo acumulo interrogantes y una sonrisa cómplice, quizá algo triste, que nunca me abandona. Miro alrededor para cerciorarme de que existo.

# I

## INTERIORES

*"Seré todos o nadie. Seré el otro."*

J.L. Borges

### Querencias

Quizá debas saber que yo no quiero mucho. Yo lo quiero todo.

Quiero todos los impulsos, los más robustos de mi cuerpo y de mi alma. Quiero todos los delirios en las celosías de mis ojos. Todos los rayos en las yemas de mis dedos. Y las más sencillas palabras para rondar las estrofas del más oscuro concepto. Lo quiero rozar todo con las alas extendidas.

Quiero palpar, tañer con mimo los pegajosos hilos que sostienen las telarañas de todas las filosofías y con esa música danzar al son de los látigos del acero. Quiero convertirte a todos los idearios y calmar la borrasca de tan feroz orgía. Quiero dejarte acurrucada en el callejón más oscuro, con gélido terror en la comisura de los labios. Y te quiero desprendida de ti misma como una madre fuerte dándole el pecho al menor de sus hijos, el más herido.

Quiero tu sangre en la mía. Y el acento de la blasfemia en los lupanares ebrios de los conventos, en las alcobas espantadas de las bibliotecas y en los antros tenebrosos de los cuarteles. Quiero los cuchillos en tu mano y mi mano en el filo. La sangre tiene sus exigencias. Me obliga a vengar el coro de las bestias que sobrevuela mi pasado y a transitar frenético por estos páramos en llamas que destilan el hedor trémulo de los dogmas y la embestida física de los estros peregrinos.

Quiero dejarte este poema prendido de un alfiler para que lo leas cuando anochezca. Y que los sueños te envuelvan de viejas historias con héroes y mendigos. Con príncipes de otros mundos que te abran otras puertas. Y espero que tengas la suerte de traspasarlas y la certeza de encontrarme pensativo y feliz en ese lugar tan escondido.

## Concepto

Cualquiera podría alcanzarte y rodearte con sus brazos.

Acariciarte, besarte incluso, prodigarte toda suerte de halagos, sabiendo que sin duda parecerías feliz. Cualquiera podría danzar sobre tu cuerpo. Cualquiera menos yo.

Cualquiera podría encender la lumbre en el hogar y observar cómo te acomodas, hecha un ovillo, a solas con los pensamientos, que con astucia reduces a uno solo: saborear el placer de este instante que imagino. Yo imagino el instante, pero estoy fuera de él. Quizá yo mueva los hilos de un placer que se me escapa.

Te deslizas silente por los rincones de mis sueños. Lo palpas todo, lo reconoces, lo sientes, supongo, con tus ágiles sentidos encendidos, y lo abandonas al rato, tranquilamente, con el desapego acostumbrado. Todo lo abandonas y te abandonas al sueño. Vigilas las sombras, pero nunca con miedo, sí con curiosidad y arrobo, con paciente ternura, como comprendiéndolas, como sabiéndolas tuyas. Yo me asombro de verte y no poder alcanzarte. La imaginación me traiciona. El deseo me confunde o la ilusión me ciega.

Quizá lo sepas. Tiene vida propia tu sonrisa: me la encuentro en todas partes, pero en ninguna consigo hacerla mía.

He de lograr convertirte en objeto de mi conocimiento y placer. He de reducirte a un simple nombre, un número, un signo, un ademán, quizá un concepto, cualquier cosa inteligible, medible, palpable, para poder luego hablarte de amor.

### Tu sangre en la mía

Creo que ya sabes que no sólo lo quiero todo. Quiero más de lo que imaginas.

Y puede que ni la imaginación alcance. Quiero que me encuentres en esos lugares tan escondidos y que me traigas noticias de otros mundos inventados, de esos príncipes y mendigos que te abrieron sus puertas de ceniza. No quiero un retorno tranquilo de tu mano guiado. No quiero mentirte, que lo imposible tiene exageradas intenciones. Habrás de desnudarte entera para que los signos del viaje me muestren su osario aterido, su estela y la quemazón de sus rayos deslumbrantes. Habrás de sacarte hasta

la piel para descubrirme los prodigios...

Lo que yo quiero reside en lo más oculto de ti misma.

Por eso tus palabras no me bastan y habré de acceder a tu sangre derramada. Ella me abrirá los senderos como un lazarillo atormentado y presuroso. Y tendré que perseguirla por los regueros del silencio hasta los acantilados del vacío. En las entrañas de tu cuerpo.

Sé que en las telarañas de tu pensamiento habré de recorrer los círculos concéntricos hasta llegar donde la piedra ahondó brutalmente el cristal de tu mirada, allí en el preciso azul de tus pupilas. Y en esas feroces orgías, con esos látigos del acero, tendré que arrancarte el pecho para amamantarme con la eras que tu pródiga simiente sembró en las tristes estaciones de este viaje sombrío.

Creo que ya te lo dije: quiero tu sangre en la mía. Y no será cuestión de agujas ni errante transfusión de fábulas comunes. Será usurpación bárbara. Será inventario interminable y resurrección breve y también audaz tumulto incendiario. Será un sacrificio en los altares de la piedra y en las lápidas blancas de tu memoria en la mía.

Pero te anticipo el desenlace. Tu resistirás y yo seré borrado de la faz de este nuevo universo entero. Porque tu

hijo menor y más herido necesita de tu pecho y su ambrosía blanca como la nieve. Y yo descansaré cuando me extinga en tu dolor y así en el mío. Y nada habrás de padecer más allá de mis palabras, que mis presagios te rendirán a un antiguo sosiego. Y volveré a esas sombras de las que no debí haber salido, con el ánimo leve y las deudas cumplidas. Desde allí asistiré al prodigio de la creación renovada.

Y te estaré agradecido. Como sólo puede estarlo quién intentó cumplir con creces las exigencias del destino.

### Adagio

Pasan las horas, cálidas, cálidas, con sus palabras claras y sus otras palabras, silenciosas, gestuales. Pasan con sus actos de amor y sus impulsos impredecibles. Pasan con sus sonrisas tranquilas y su bondad natural. Pasan con el aire que inventamos, bajo el ritual de costumbre, y las sorpresas que casi, casi, ya dábamos por imposibles.

Pasan las horas, cálidas, cálidas, con su brisa marina y mediterránea, sus briznas de tabaco y sus olores húmedos, salinos, su mezcla de soledad y compañía, su abrazo y su música, largamente repetida.

Pasan con sus pensamientos esparciendo pétalos negros y azules. Pasan con sus luces y su luna llena. Pasan con fiera voluntad de aniquilar la nostalgia y su decisión compleja de eternizarse fuera del tiempo. ¿Dónde, si no?

Pasan las horas, cálidas, cálidas, encerradas en sí mismas, perplejas. Abiertas al mar y a las mareas quietas, dejándonos su arena resbaladiza –el recuerdo de una clepsidra– entre las manos. Pasan al unísono de nuestros latidos y se quedan resonando, suspendidas, suspendidas. Pasan y se quedan.

## Composición de lugar

¿Quién me obliga asirme a tus pechos? ¿Quién a tus labios? ¿Quién a esa única fotografía que te muestra toda, junto a un géiser de espuma y luz, una catedral gótica, y un pequeño espacio de mar arrebatado al mediterráneo?

Escribo para ti que palpas mi piel, escuchas atenta el discurrir de mi sangre y sabes que hay emociones que las palabras no explican.

Escribo para ti que sabes también que hay enigmas

que las cópulas ocultan y las palabras revelan.

Siempre más allá de la fatiga y de cuanto me aleja de mí mismo. Siempre bordeando los límites de la asfixia, las nebulosas últimas donde el pensamiento riza constelaciones y salta al vacío de un abismo rosa, exento, poseído por la claridad de la belleza o el tumulto vertical de una simple caricia.

¿Quién a columpiarme en tu cintura? ¿Quién a esconderme en tu ombligo? ¿Quién a dormirme en un abrazo y despertarme abrazado? ¿Quién a saberte tranquila y a la vez expectante? ¿Quién a reconocerte en los silencios? ¿Quién a ofrecerte cobijo y saberme así protegido?

Escribo en busca de una hondura que reside en las metáforas, que desafía el placer o el dolor, que reinventa antiguas creencias, que se cierra cuando se abre, que se ilumina cuando las luces menguan, que deja atrás toda una estela de colores, y nunca termina de dibujar un arco iris inmenso, bajo el que la humanidad transita, cuando no desfila.

Escribo, insomne, prosas de carne salpicada de sudor y rocío, fragmentos de sien inflamada, que destila licores y elixires transparentes, colmenas dulces que construimos con las manos y adornamos con sonrisas. Escribo sobre la

complicidad inacabable de un proyecto en marcha, como es la vida.

¿Quién a susurrarte sonrisas al oído, palabras a la pupila intermitente de tu mirada, amor a la porosidad de tus sentidos, y placer afilado donde habitan los sentimientos? ¿Quién dibuja este caos encendido, este desorden metafórico, esta convulsión acelerada?

## Monodía

Quizá pueda dejarte de lado una vez más.

Ya lo hice en el pasado. Cuántas cosas que hice en el pasado y cuántas todavía por hacer... Es puro deleite imaginar lo que no ha sido. Tu cuerpo, por ejemplo. Yo lo imagino de arena en la clepsidra del agua. Fluyes como un instante que expira ante mis ojos. Ese instante resucita en el jardín tullido de mi memoria.

Tú eres mi memoria. ¿La tengo? Vapuleada por la vida sigues prendida entre la dormidera del gentío. Sigues prendida entre mis pertenencias. Al abrigo de mi cerbatana mirada. De mi ruin querer dejarte de lado una vez más y

para siempre.

Tú eres mi nombre y todos los nombres. Y cómo cambian ahora los nombres. El nombre de la rosa o el del pensamiento. Con sus pétalos negros y azules, con su acento que revolotea, con su rostro confundido bajo el signo de un eclipse. El nombre de los nombres de las noches que dormí contigo. Que recorrí el sinuoso sendero de tu sangre. Tú eres mi sangre. O mi sangre es tuya.

Y en esa constelación de estirpes, en ese híbrido centauro, la memoria ejecuta sus inevitables sentencias. Origen y muerte no dejan vestigio. Las huellas del placer son las del olvido. Y es que tú también eres mi olvido.

Quizá ya no podamos amarnos, que amor fue cortejo fúnebre. Y yo, que sólo te amé un instante, seguiré purgando mi condena hasta que pueda dejarte de lado una vez más y para siempre.

## El tiempo en tu ombligo

Quizá el tiempo exista, después de todo. No se niegan las evidencias si no es para descubrirse ante ellas y saberlas parte, y no todo, de un mismo engaño.

¿Qué hace el tiempo con nosotros? ¿Qué hacemos mientras el tiempo nos deshace?

Yo acudo a esas arrugas y a esos pliegues minúsculos de tu frente cansada. Y encuentro pensamientos que todavía no han nacido, y encuentro otros que no nacerán siquiera. También encuentro cadáveres y ruinas diversas, que se prestan al análisis, a la disección y luego al olvido. Esos cadáveres prenden las llamas, las dimensiones disparatadas, los consejos sombríos en el transcurrir de los días. Esos cadáveres son una prueba pero no un delito. Esos cadáveres te persiguen durante toda la vida. Es mucho más difícil olvidar que ser olvidado.

Recuerdo tu honda mirada y el tacto de tus dedos en los míos. Recuerdo tu vientre y tu ombligo. Siempre tu ombligo, sobre todo tu ombligo, esa huella indeleble. Y te encanta lucirlo y haces bien, que es lugar de origen y desgarró, lugar secreto que engendra soledades y convoca miradas. Quizá el tiempo exista, después de todo.

Al igual que tu ombligo.

## Huellas

¡Qué frágiles son las cosas! Que se nos caen de las manos y se hacen añicos hasta las cosas más queridas...

Son sutiles los resortes que manejan nuestros dedos y se instalan en nuestra memoria. No hablo de cosas importantes. O sí, que sólo lo importante se hace añicos. Y eso lo sabemos todos, siempre reajuntando esos fragmentos perdidos. Siempre con alfileres e imperdibles, siempre reinventando esa metáfora destruida y grande, de mínimos matices construida.

Ya ni recuerdo los detalles, que todo sucedió en un momento. Que fui avasallado por un vértigo distinto. Que fue al abrir un libro y leer ese poema. Que fue al cruzar la calle, que fue al entrar en combate, que fue de noche y hacía frío. Ya ni recuerdo los detalles.

Me olvidé de mí mismo en ese instante, fui otro en otro cuerpo. Era un cuerpo primerizo, un cuerpo de mujer y palabras, un cuerpo de risas y avenidas, un cuerpo de ani-

llos de amatista y rizos minúsculos. Cómo cambiaba de nombre y lugar ese cuerpo escurridizo. Cómo saltaba de celosía en celosía. Cómo me fintaba con requiebros y sonrisas, con antiguas danzas de amor y bosquejos de deseo. Y cómo saltó en pedazos, finalmente, cuando más entero y más mío era, cómo perdió su compostura, no sé que hicieron mis dedos.

Quizá sean breves o no, que pueden ser eternos, los instantes de la explosión y el abandono. Ahí radica su hermosura. No importa la persistencia en la vigilia, siempre llega la tristeza, que es amiga de mínimas aristas y sobrevive a las fracturas y las multiplica y siempre se dispersa. Vive de ellas. Sus notas se hacen más fuertes cuanto mayor fuera el gozo. Y si era inmenso el gozo, más inmensa será la tristeza sobrevenida.

Pero siempre nos queda el recuerdo. Que en los descuidos repite. Y esa esperanza me anima. Y es que esos versos o ese cuerpo, esos fragmentos ilusorios, se han mudado a mi cerebro y también al tuyo, que nuestros cerebros son fragmentos de otros cerebros. Y yo lo sé y tú lo sabes, que formamos un curioso amasijo. Los leíste o los viviste, ya ni recuerdas cuándo, y te dejaron pensativa. Ahora reposan en algún libro entre tus libros. En algún papel arrugado donde anotaste esas señas de identidad compartida. Con el tiempo.

Sus entresijos te harán olvidar quién escribió esos versos que recitas y esos cuerpos que soñaste. Olvidarás su autor y los contornos, la firma y sus rúbricas, pero no su rima ni su aroma, que de los pequeños detalles puede que dependa buena parte de tu existencia. Ten por seguro que permanecerán en tu memoria hasta cuando creas que ya se han ido.

## Celosías

Nunca me espera nadie en parte alguna. Y sin embargo, siempre me encuentro alguien en todas partes. Ando de sorpresa en sorpresa y siempre nuevos rostros y nuevas sonrisas me encuentran sorprendido. Bien sé que carezco de disciplina, que demasiadas dudas disuelven mi ánimo, que mi voluntad anda quebradiza y renqueante y que no soy dueño de los hilos que parecen mover la trama. Desconozco si alguien mueve esos hilos o si es la trama quien nos mueve a todos. Sé que mis palabras divagan más de lo aconsejable, que mi voz siempre es la misma pero que yo no siempre soy yo mismo. Quizá esa plenitud no me la desee. Sería insostenible tanta contención. Sería inhumana tanta presencia. Asfixiante tanto silencio. Pura vanidad tanto egotismo.

Me conformo con construir celosías para atisbar cuanto escribo. Reconozco mis fisuras y me reconforto con fragmentos de vocación inacabada. Me reconozco inacabado y celoso de mí mismo. Celoso de hallazgos y también de pérdidas. De encuentros afortunados y de larguísimos abandonos. Celoso de lo propio y curioso, perennemente asombrado de lo ajeno.

No pido ayuda aunque la precise. Al contrario, me tiendo celadas para ponerme a prueba. Me contradigo y arrincono, apelo a los conceptos, a sus metáforas, a la interpretación de los sueños y a la emboscada de sus cadáveres homicidas, sus emisarios transparentes y finalmente sus sombras cautivas. Velo inhóspitos parajes y estudio con fatiga el agua estancada en los cenagales. Me entrego al engaño de tu cuerpo, siempre tu cuerpo de mujer, tu cuerpo de muchas mujeres, que tiene entre las virtudes de la luz, la ignominia de una oscuridad sin fondo o la repetición absurda de las mismas rutinas, los idénticos contrastes, las impotencias de cada día. Me extiengo en los cenáculos y me obligo al lento discurrir de las heridas.

Quizá nada importe. Y la ayuda sea innecesaria. Y no se precisen cirujanos en este hospital de incurables. Quizá sólo haga falta una sonrisa. ¡Una sonrisa milagrosa! Una sencilla y simple sonrisa amigable.

## El eclipse

No olvides que sigo queriendo demasiado. Que me apuro en deshacerte cuantas veces haga falta. Que hay una ficción flotando en el ambiente y una mano telúrica que lo palpa y otra que lo enreda y aún otra que nadie sabe lo que hace. Se aproxima un eclipse. No de sol ni de luna, del alma. Un eclipse interno que es como decir un cataclismo en los sentidos o una odisea en la tranquila rutina de las gentes, que se convocan en las plazas, en los patios, en los claustros resguardados y en los miradores de las playas muertas para interrogarse mutuamente. Para interrogarse sin palabras, que sin respuestas no hay esperanzas. Son buenas gentes, como tantas otras, que no saben si huir despa- voridas o esperar con ánimo rasgado tan inesperada visita.

Siempre caducan las fechas, siempre vencen las cuentas, siempre se cumplen los presagios, siempre llega lo anunciado y lo hace con sus mejores galas, la oscuridad neutra, la sangre rojiza, densa y hasta reseca de tanto demorarse, y ese silencio inhumano y frío, el silencio imposible y absoluto, que nadie conoce y que es temor de todos y cada uno, el resplandor opaco del plomo, la pesadez inhumana del vértigo, la claustrofobia inusual en los inmen- sos espacios desiertos. El eclipse. El brutal alto, esa parada que asesina las sonrisas de los niños, esa noche que dice

basta y congela las fuerzas y convierte la voluntad en un miedo que se esparce y no termina, que se aferra a las piedras y en sus aristas de sal se encierra como un sudor helado, hasta que la carne se rasga y se rompe y duele, cómo duele, duele hasta el desmayo y una risa histérica nos sepulta y nos confina a ese lugar tan carente de atributos que llamamos muerte, que no sabemos que otro nombre darle.

No es el fin del mundo. No es eso. Es un suicidio y a la vez un crimen. Ambas cosas y ninguna. Es el propio mundo, que vomita su malestar, que se golpea el cerebro como nosotros lo hacemos algunas noches afiladas primero y después tullidas; es el cerebro del mundo que va a estallar y estalla, que aniquila las pesadillas de la razón y sus sueños para descansar finalmente en un eclipse, no de sol ni de luna, del alma.

Sigo y seguiré queriendo demasiado. Y no te mentiré cuando llegue el instante. Te atraparé entre mis dedos y cerraré los ojos para verte entera. Entonces sabrás cuanto dura una ausencia si se oculta en ti misma.

## Con prólogo

(Ayer me encontraste y yo que me creía invisible. Ayer me tuviste entre tus brazos y me dormí en ellos como no acostumbro. Ayer me abandonaste de nuevo, que desperté solo y en otra parte. Pero no vacío, que como siempre algo me dejaste... Un recuerdo de ti misma o un conocimiento nuevo. Un retrato que desaparece si le miro, que ahí está, lo presiento, cuando cierro los ojos)

No es un capricho, es un temblor y un soplo súbito. Una hojarasca que te invade y un suplicio que anotas con dos frases breves, con letra prieta y caligrafía celosa de miradas ajenas, en algún cuaderno escondido donde late tu pecho, y así en tu memoria. Acumulas frases que parecen fórmulas y quizás lo sean, fórmulas mágicas para sobrevivir a los instantes del miedo, del terror, del pánico, esos instantes innombrables que con tanta familiaridad manejas, que dices no saber cómo, pero hasta se diría que los disfrutas, que son algo tuyo, que sin ellos no serías quién eres, que serías distinta y serías otra.

Yo adoro esos instantes que tiembles. Que pareces tan frágil, que amenazas una eclosión violenta en tus entrañas y en cuanto te rodea. Esa fragilidad te hace fuerte.

Y te ennoblece ante mis ojos que se abren como cuevas para intentar ofrecerte cobijo. Tú no necesitas mi cobijo. Soy yo el que necesita cobijarte y asesinar el vacío horrendo de tantas noches sin tu aliento. Yo soy el que necesita de tus fórmulas mágicas para doblegar el asedio de una soledad que siempre dije querer, y ahora lamento. Las cosas no siempre son iguales ni uno piensa siempre lo mismo.

Yo adoro esos instantes que conjuras. Con sólo dos breves frases detienes el mundo y apaciguas los terrores. No eres una invención mía. Vuelas tu propio aire, oreas tus propios deseos y abres tus celosías en los laberintos más escarpados y hostiles. Y así tienes el privilegio de encontrarme hasta cuando estoy perdido. Siempre me encuentras perdido, lo sé, que siempre me estoy buscando.

## Deshaciendo paréntesis

Que navegaba sin rumbo y sin brújula, que me dejaba llevar, que me hacía el muerto sobre las aguas cristalinas y que el sol me cegaba, y en esa somnolencia danzaban mis fantasmas, con su generosidad de costumbre, como para distraerme de otros pesares que me doblaban la espalda y me estiraban hacia lo hondo, hacia esas algas nebulosas que

esconden crisantemos y alisan esmeraldas, pero tienen dientes de acero y un fuego que asusta y unas historias que no comprendo y un sinsabor que me aterra, que me deja el paladar reseco y turbio el ánimo y nada, siempre nada entre las manos. Eso era ayer, como cada día, siempre ayer y siempre tarde, que me encontraste y yo que me creía invisible. Que ayer me estuve entre tus brazos y me dormí en ellos como no acostumbro. Como un niño, sin transición ni engaño.

Y no tengo por costumbre esos lujos, que quizá no los merezco.

Sentí tu presencia mas allá de las frías palabras y de esas sonrisas tímidas con las que se envuelven siempre las cosas importantes, esos regalos únicos, inapreciables que no tienen precio y son sólo valor añadido, esos misterios que se ocultan tras siete velos que son nueve, que mi suerte me los cuenta, qué suerte. Y fui recogiendo esos secretos que por olvidados se creen viejos y no lo son, que son viejos y son nuevos, que son un presagio, que insinúan la abolición de las distancias, que nos conmueven y así desdibujan los lindes y hacen menos firmes los contornos y menos drásticas las diferencias y más amables los acercamientos, más íntimos los abrazos, más sinceros los instantes de placer, más auténticos hasta los abandonos.

Hablo de unos instantes que no siempre ocurren, que tienen algo de irreal y todo de cierto y verdadero. Algo de inusual y mucho de humano. Huelen a carne, saben a carne, pero no son carne.

Quise eternizarme en tus estancias. Anhelé que te durmieras o que entornaras los ojos para dar rienda suelta a mi antigua territorialidad recobrada. Quise hacerte mía y dejarte en nada. Quise usurparte y hacerte mi esclava. O mi reina única. Y escuchar de entre tus labios mis palabras favoritas. Y creerte así feliz y completa. Pero me abandonó la suerte o alguna brujería escondida se revolvió en el último instante. No sé contra quién, que las cosas nunca son lo que parecen. Y ayer, como cada día, que fue como siempre ayer y siempre tarde, me abandonaste de nuevo, que desperté solo y en otra parte. Pero no vacío, que como siempre algo me dejaste. Un recuerdo de ti misma o un conocimiento nuevo. Quizá unas migajas suficientes, que tengo hambre atrasada o mis digestiones son eternas. Quizá un retrato enigmático de tu rostro en el mío, que desaparece si lo miro, que ahí está, lo sé, lo presiento, cuando cierro los ojos. Que es entonces cuando te veo. Que aunque me creía invisible ahora sé que sólo tú puedes encontrarme, y sí, no puedo ni quiero negarlo, ahora ya estoy mucho más tranquilo, que andaba perdido de tanto buscarte.

## Susurros

Me dices, entre caída y recaída, que no me haga mala sangre. Y no me la hago, mi amor, te digo, y espero que te lo creas que nunca estoy seguro de qué se agita por ahí adentro. Es algo tumultuoso y fuera de control, eso no te lo digo, que ya lo sabes. Obedezco impulsos antiguos, voces graves y exigentes, aterradoras a veces, que no son de este mundo, que son anteriores y tienen más próxima la creación y más asumido el desengaño. Voces que meditan un concierto en algún lugar paradisíaco que ya no encuentro... Voces que son mías y son tuyas, que las reconozco, voces de metal y de lágrimas, voces de sudor, voces de hierro, alquitrán y ensueño.

Esas voces nos atrapan pero también nos guían por entre las oscuridades que transitamos. Suya es la contabilidad más estricta, nuestro el letargo y la demora. Esas voces entrecortadas son como una respiración que hacemos propia. Y que se multiplica y nos agrade, que nos causa zozobra, nos atora, nos obliga a escuchar los crujidos enormes de las huellas que vamos, fuimos dejando, que nos ensucia de tierra extinguida, de animales que se revuelcan, de cadáveres, siempre de cadáveres, que nos retuercen la calma aquella que no tenemos, no tuvimos.

Pero algo nos queda, que siempre algo dejamos por el camino para poder recogerlo cuando la suerte nos sonría. Y esa suerte, que nada tiene que ver con el azar, siempre se acuerda de nosotros. Siempre tarde, pero eso no importa. Nunca es tarde para lo que carece de tiempo. Nunca es tarde para decirse. No es tarde para abrazar las hierbas amargas, no lo es para escribir estos versos, que buscan una rima imposible contigo y conmigo. No lo es para recuperar la voz y la marea, no para descolgarse de las sogas, tampoco para celebrar el tiempo que no tenemos, no tuvimos.

Y me dices, entre caída y recaída, qué bien estamos aquí, y callas como atenta a un silencio que te hace fuerte y te hace toda. Y yo espero y escucho, que el silencio es sagrado, y pienso: sí.

## Deseos

Sueño con dejarte muerta en la bañera. Atiborrada de placer entre las columnas del agua caliente. Confusa pero tranquila, saciada de ti misma, como esperando que nada pueda volver a sobresaltarte. Sueño en un asombro continuado, una perplejidad sin límites, un abandono perverso y

un despertar lento y pausado que nos devuelva a la realidad, sin modificar los sueños. Quiero esos sueños intactos, los quiero sin un rasguño.

Ignoro qué materia sostiene los sueños. Los supongo fabricados con el mismo esfuerzo y sudor que las cosas que tenemos por reales. Con idéntica consistencia, con similar transparencia, con igual ingenuidad o torpeza. Yo dejo que mis sueños me alarguen su mano y me conduzcan donde quieran, que no tengo lugares preferidos, sólo lugares abandonados. Que no tengo presencias, y sí abandonos. Que los destinos temporales son sólo abrevaderos redentores de un viaje mucho más largo, que no se recuerda cuando empieza pero sí donde termina. Ese viaje es la vida. O ese nombre le ponemos. Yo soy mi nombre, y los nombres que me ponen, los que me pongo y me quito. Yo soy también tu nombre. Pero no soy tu vida ni tu viaje.

Sueño en ser tú misma en la bañera derretida. No temo a las palabras, que son hábiles en malentendidos pero pródigas en sonrisas y en alivios. Yo no temo a las palabras. Sé que nunca están conmigo del todo, pero jamás me abandonan por completo. Se parecen a ti las palabras. Son pequeñas y discretas pero también gigantescas y voceantes cuando se enfurecen. Son muy tuyas las palabras... Muy directas a veces, pero muy de andarse por las ramas cuando la ocasión se tercia. Son muy tuyas mis palabras...

Quizá sean parte de mis sueños. Como tú.

## Conversaciones sobre el hijo

Siempre duele decir que no. Pero no siempre duele lo mismo. Duele decirle que no a un hijo. Que, mira, no es buen momento para esos gastos, por ejemplo, o que no te conviene, o que no estoy de acuerdo, o que no es no y no, y punto, y no, no insistas. No importa qué argumentos, no lo has educado correctamente y tú lo sabes, siempre le diste demasiados caprichos, siempre pensaste en poder seguir dándoselos y él te sabe vacilante y endeudado hasta el alma. ¿Por qué no si al final todo lo tuyo habrá de ser suyo y él tendrá que continuar tus insomnios cuando el sueño te vengza? Pero siempre insiste. Y te acaba minando tanta insistencia. Duele, vaya sí duele, cómo te mira entonces, con ojos airados y ánimo vengativo, con tristeza que quiere ser infinita y no lo es, que no puede serlo y tú lo sabes, pero ay, luego deja entrever alguna puntual lágrima de amargura y tu derrota ya es evidente, aunque no cedas y esta vez no, es un milagro, pero esta vez no cedas. ¡Esa lágrima sí que duele! Y aunque la sabes falsa y oportuna duele como una verdad primera. Esa lágrima del hijo duele más que las propias. Como si pudieras diferenciarlas...

Un dolor compartido siempre es un dolor legítimo. La muerte del padre es algo que aceptas, que tú también fuiste hijo y también asesinaste a tu padre. Todos asesinamos a nuestros padres. Poco a poco, si se quiere, pero de manera inexorable. Los asesinamos en alianza con el tiempo, con una erosión que finalmente los aniquila como aniquila una tormenta una noche de amor o unas candilejas decaen hasta el frío silencio de una piedra blanca maquillada por signos, que son cifras primero y días que ya pasaron, después.

Y es inevitable la angustia cuando se va y te deja solo. ¡Qué no le pase nada! Piensas. Y recuerdas que se fue con un insulto entrelabios. Mala compañía, piensas. Y sigues y seguirás pensando, que no le pase nada, que no encuentre senderos trillados, que no decaiga por laderas malditas, que no le agobien perversos gusanos, que no le invadan descerebradas querencias. Sigues pensando que tiene diez años y ya no los tiene, pero no haces las cuentas, ni lo intentas siquiera, que su edad no importa, que es la tuya, en el fondo, la que empieza a dolerte.

## También al hijo, de otra manera

Me duelen tus lágrimas, que te sientes perdido en mitad de un fracaso, que no vislumbras salidas, que todo se te hace oscuro y deseas que te llegue la hora y no te ha llegado, no ha de llegar todavía. Nunca llega esa hora, sobre todo si la esperas. Y lloras un sollozo que te sale de adentro y yo sé inconsolable, y te abrazo y te digo esas cosas que no me dije a mí mismo cuando tenía tus años. Nadie me las dijo. Que no te sirven mis palabras, que ya lo sé, pero con todo te las digo, que no puedo dejar de hacerlo. Que llevas mi sangre y eres mi hijo y estás herido y me duelen tus lágrimas, cómo me duelen.

Hablo contigo como conmigo, sabiendo que no puedes entenderme. No al menos todavía. Que no puedes contrastar mis palabras, que, sí, las intuyes sinceras y ciertas e inevitables, pero eso no basta. Que no son tuyas aunque estén en mis labios o de mis manos se escapen y se derramen con brevedad calculada, con tiempo ineludible, con fortuna diversa.

Nunca supe calibrar con certeza esos signos, que su resonancia es sólo un misterio o el fruto de un talismán o alguna vieja alianza que no pesa en las balanzas ni cotiza en los bolsillos. Y eso ya no puedo remediarlo. No existo,

quizá ya lo sepas, sino en mí mismo, y aun así, qué trémulo, qué errático, qué escondido que me encuentro. Que en mí mismo hay un laberinto, que tú también recorres a tientas, que tú empiezas a estar perdido donde yo siempre lo estuve. Y que la experiencia sirve de poco. Que el aprendizaje nunca se acaba.

Yo te reconozco por instinto. De lo idéntico en lo mismo. Que tanta perseverancia suele deparar algún prodigio. Y que la verdad siempre es esquiva. Que yo la rastreo y la pierdo, que la abandono y la atesoro, que la mezclo entre otras pertenencias y avivo sus celos, que la desprecio cuando ya es mía. Que nunca es mía totalmente, que siempre me descoloca, que se sabe muy suya y que en fondo me engaña y no lo hace, que me seduce que me engañe, la misma verdad que también a ti te engaña.

Pongámosle candado a tanta fuga que nos invade. Busquemos ese punto muerto desde donde empezar de nuevo. Siempre se está empezando de nuevo. Y siempre en el mismo lugar o en sus alrededores. Yo conozco la sonrisa del escalofrío y la sombra arisca de los instantes congelados. Y cierta decrepitud de la que no voy a hablarte. La memoria de la piedra y el ombligo de la sal que se adhiere a los cristales. Yo conozco el refugio de tus ojos y en ellos, cómo las tinieblas combaten su dramática batalla. Cómo reconozco esa batalla, ay, que tu batalla es la mía... Que

estamos solos en mitad de un combate y que siempre estamos del mismo lado. Y es que no hay otro, de lado.

Que combatimos un antiguo eco y una misma inseguridad. Que no siempre podré llevarte de la mano. Tampoco te convendría, ya lo sabrás en su momento. Que espero al menos dejarte como legado algunas pocas palabras escogidas para que puedas servirte de ellas, recogerlas más adelante, saborearlas y escupirlas, sembrarlas en otros cuerpos y en otros labios, diseminarlas acaso por entre las callejuelas sombrías y solitarias que encontrarás en tu camino. Y espero que te guíen. Que te iluminen, que se ansían destellos. Lo espero poco, pero lo deseo mucho.

### Elogio de la suerte o el poema

Sólo si tienes suerte saldrás indemne. La suerte lo es todo. Olvídate de tus méritos. Tu único mérito es utilizar la llave correcta y abrir la puerta en el momento oportuno. Quiero verte de cerca. Ver hasta las estrías de tu piel. Verte tan de cerca para saberte toda.

En el pasado me encantaba observarte de lejos, me gustaban tus movimientos, me hechizaban tus contornos y

todas esas cosas que se venden tan bien en los escaparates de la vida. Pero ya pasó ese momento. No es hora de exhibirte, quizá sea hora de raptarte, de tenerte escondida, tan próxima a mí como remota a todo y a todos. Y no son celos, te lo juro: es el experimento final que todo amor necesita para merecer tal nombre o diluirse en el olvido. Es llegar hasta el fondo de las cosas, sumergirse en ellas y sólo en ellas, investigar si las palabras mienten cuando les llega ponerse a prueba, corroborar que los sentimientos perduran cuando llega la asfixia, acelerar las posibilidades del desencanto, el desengaño, la desilusión, el cansancio, el aburrimiento, es desafiar el poder de los sentidos, es jugar a anularlos exprimiéndoles su jugo... La consumación del amor o la tentación de la suerte.

Y en ese tiempo paralizado, en ese laboratorio fingido, en ese fotograma amarillento, se consume y consume la suerte del amor todo. ¿Y qué queda entonces? Un cansancio infinito, un agotamiento físico, un vacío mental, un derramado esfuerzo y nosotros, siempre quedamos nosotros, frente a frente, ya sin vernos, sin mirarnos siquiera. Es complejo el amor. Y no digamos la suerte. Una guardarropía de abrigos olvidados, un sin fin de paradojas, de guiños, una guardería de sueños como niños abandonados, dormidos, arrinconados por el inexorable golpe del azar. Un rosario de adioses, un tálamo partido, un hilillo de savia descendiendo hacia la nada. Un hermoso silencio de hielo

que se derrite poco a poco: no escribimos, entonces, con tinta, escribimos con lágrimas. Esa tinta es invisible. No. No lo es si conoces el secreto.

Y el secreto está en el fuego. En reavivar sus cenizas, en airear sus entrañas, y las tuyas y las nuestras; en tener, como ya te dije, mucha, pero que mucha suerte.

### Sin atenuantes

Siempre llega la fatiga. Tarde o temprano, siempre llega. Y es entonces cuando hay que saber someterse a los remedios especulativos de la cábala, las aguas termales o el variable y arrojadizo humor de la suerte. Prepararás emplastos, lenitivos, cauterios, dietas y medicinas casi infinitas. Recurrirás a la empírica, la iatroléptica, la clínica y a fármacos casi magistrales. Te estudiarás a fondo en los adentros insomnes de ti mismo. Y te sabrás tan enfermo que preferirás no saber si tiene cura tanta ignominia, si tiene arreglo tanto desperfecto, si tiene salida airosa tan humillante desvalimiento.

Hay una grieta que te recuerda que antes no estuvo. Y un hilillo de luz que te sostiene pese a todo. Siempre algo

te sostiene, aunque lo ignores. Y una herida con tu sangre que observas fijamente, primero con curiosidad, tal vez luego con afecto, y que se acaba apoderando de ti sin que tú quieras. Tú eres esa herida y esa sangre. Tú esa curiosidad y ese afecto. Tú esa grieta que amenaza con engullirte y no lo hace, que antes no estaba.

Tú tampoco estabas antes bajo tan atenta mirada. Andabas gloriosamente distraído y distante, en ninguna parte y en todas, en ese cuerpo que se te deshace y en esos otros que construías. Sobre todo en esos otros, que el tuyo nunca te supo suficiente.

Siempre buscando afuera lo que ya está dentro. Pero muy adentro, tanto que a veces ni imaginamos su existencia. Y es que hay expediciones condenadas al fracaso. Lo sé, lo sabes, lo sabemos. ¿A quién puede asustar el fracaso? A nadie que sepa ser sincero consigo mismo. O que lo sea, incluso sin saberlo, que hay cosas que no se enseñan ni quizá tampoco se aprendan. Sobre todo cuando llega la fatiga, que siempre llega. Tarde o temprano.

## El Lienzo

Al fondo, el abrazo con beso de dos adolescentes sin rostro. Más allá, unos bancos estrechos, unas palmeras, la hipótesis de una arena y el azul tranquilo de un mar en calma. También el horizonte levemente curvado y unos pocos pájaros revoloteando en la geometría celeste. La luz parece provenir de un sol invisible; quizá esté en otro lugar o fuera del tiempo.

Al frente, las sonrisas de una mujer y un hombre. Sólo las sonrisas, confiadas, serenas, complacidas. Hay un lecho con sábanas revueltas, metafóricamente cálidas, y un fragmento de pared recubierta de recuerdos desdibujados. Falta el marco de la celosía, que ofrece la visión del paseo marítimo, pero tal vez sólo sea alguna licencia poética. O quizá una celosía transparente.

Entre ambos planos, parece que no hay nexos de unión reseñables, pero sin embargo no es así. Están mis palabras buscando acomodo en el lienzo. Sin ellas, pese a todo, no existiría nada.

## Interiores

Ahí. En esa franja de luz que nos dibuja tenues pero persistentes, en ese rincón del sentimiento que sólo acoge instantes de privilegio, en esa composición de lugares, asombros y deseos a la que llamamos vida; ahí nos vamos recogiendo, en minúsculos fragmentos, con extrema dificultad.

En esa tormenta de colores divididos por una gota de sudor, entre las dunas blandas que recorremos, enredados en la maleza, descendiendo los abismos verticales. Ahí reconocemos los lugares de encuentro como puntos de partida.

En esa buhardilla transparente del espíritu, construida de palabras murmuradas con los párpados y de silencio rescatado de entre los labios; en esa locución mixta de pasado y futuro, de futuro y pasado; en ese presente sentido. Ahí, poco a poco, nos vamos desnudando. Nos transformamos desde lo más complejo a lo más simple y viceversa, del diluvio a la gota, del punto sumergido al arco iris, de la extensa declaración de intenciones al más puro concepto objetivo.

¿Qué otra cosa somos? ¿Formulación perenne de

interrogantes, afirmaciones gestadas por la consciencia?  
¿Reflejo múltiple en el espejo de otros, reflejo único en el  
nuestro? ¿Cruce de caminos, rebelión de anhelos?  
¿Instantes mil veces repetidos? ¿Huida, regreso? ¿Hipoteca  
de recuerdos? ¿Ronda, algarabía? ¿Sentimiento veraz?  
¿Metáfora de algún lenguaje inacabado, sinónimos del  
silencio? ¿Sombras, espectros, dioses? ¿Tránsito, fugaci-  
dad? ¿Arqueología del tiempo? ¿Química de la sangre?  
¿Sangre?

Puede que seamos todo eso. Y algo más. ¿Búsqueda?  
Siempre.

¿Dónde? Aquí. En el interior mismo de la telaraña.



## II

### LA PALABRA

*Vi lo que no vi,  
Pero ¿el ojo?,  
Precisó.*

J. Lezama Lima

#### Iniciación a la gramática

Son extrañas las palabras.

Nunca son exactamente lo que parecen, siempre dicen y desdicen, siempre desafían a sus cazadores: quiebran y requiebran en el último suspiro a los cazadores

de palabras. Las hay de todo tipo, tamaño, forma, género y comportamiento. Las hay de asustadas, que con temor asoman un buen día y raramente vuelven, las hay pesadísimas que nos persiguen en los ascensores, en los autobuses, en las consultas de los doctores. Esas palabras son de plomo. No se las quita uno de encima, son pegajosas como lapas, inútiles, falsas y aburridas. Otras, son las tímidas, las que se insinúan tras las esquinas, en los bordes de las páginas, en las papeleras del olvido. Hermosas palabras, las palabras tímidas. No llegan a cuajar pero nos lo dicen casi todo. Yo siempre las busco entre mis papeles arrugados, en ellas está la clave que siempre se nos pasa por alto. La clave de las palabras.

Las hay rimbombantes, que sólo resuenan y esperan el eco; las metafóricas que suelen ser hermosas; las irrepetibles, siempre alejadas como una quimera; las inolvidables que son como un sueño o una pesadilla; las veraces que nadie contradice; las ficticias que no existen; las mayores y las menores, ay, cómo son de fuertes las palabras mayores; las consoladoras, que quitan cera a la vela que arde; las aduladoras, que hurtan más que otorgan; las astutas, que tiran la piedra y esconden la mano; las misioneras, que siempre viajan donde se las precisa; las míseras que siempre están pidiendo; las alucinadas que sólo salen ciertas noches; las inaudibles y las pudorosas, siempre sonrojadas. El catálogo es largo, si no infinito, pero al final sólo

unas pocas sobreviven, son las palabras silenciosas, las auténticas, las que lo abarcan todo, el resplandor y su sombra, el signo y su significado, cómo aúllan las palabras silenciosas, ellas tienen el secreto, ellas son el secreto del hombre y del universo entero, su exacta medida, su razón de ser, la razón de su agonía, su voz y su inenarrable silencio.

### Insomnio literario

Sabes que nunca fui estricto contigo. Sólo lo soy conmigo. Pero quizá porque mis dudas superan mis certidumbres. Sé de ti lo que la palma de mi mano recorre día a día, lo que mis cinco sentidos atrapan de tu vuelo, lo que imagino y lo que deseo. Es muy confuso el inventario. O es mi pensamiento el confundido.

Recorro las aceras, reviso las terrazas y los escaparates donde te supe reflejada. No es verdad, que llevo mucho tiempo sentado y esperándote... Pero imagino los lugares donde estuviste como si en ellos tu enigma persistiera. Y son lugares vacíos, ahora, esos lugares prestados. Sé que la noche penetra con rumores el historial de la piedra. Sé que algo tuyo dejaste por ahí esparcido. Pero no lo encuentro y vuelvo a la palabra como a tus ojos. La luz

los ilumina, y en su interior, la música se recrea profanando el baile tatuado de tus estaciones preferidas.

Quizá te escondas en el corazón de la piedra.

Siempre te estoy buscando en esas señales ausentes. En esa brevedad que sustenta la belleza. La belleza siempre es breve, que la exuberancia es un mortal abrazo. Y siempre te estoy buscando aunque estés conmigo.

Pero es lenta la búsqueda. Durante mucho tiempo cuidé las regiones que habitabas. Busqué entre las hierbas tus huellas más intensas, y en su sosiego sembré polvaredas ambiguas y amargos sabores. Quise vengar esa presencia de mentira, esa mueca vacía, ese eco indefinido, ese no sé qué tuyo, que desde hace tiempo me obsesiona. Ese inventario tan confuso precisa un desorden nuevo. Nuevo en mi pensamiento.

Pero no en mis palabras.

## El cazador sentimental

Acostumbro cada noche ponerme la máscara con lentitud estudiada, como en un ritual antiguo y renovado, y salgo entonces de batida, sediento de amor y sangre, por las callejuelas estrechas de la ciudad suspendida en el aire. Visito lupanares sórdidos, solares arrasados, esquinas laberínticas, tugurios de sumisión, páginas ancestrales y finalmente, siempre, patios celestes donde encontrar reposo y aliento. Vigilo, ávido, el escáner que me muestra las coordenadas de mis víctimas inocentes o escogidas, cadáveres pretéritos o futuros; pero jamás dejo de lado los luminosos donde parpadean los nombres cómplices con los que habré de reunirme, tarde o temprano, para rendirles tributo amistoso, quizá homenaje consciente, imprescindible, en una conjura común contra las heridas incurables de la tristeza, la soledad y el desaliento.

Acostumbro cada noche a diluirme en mi mismo. Quizá busco mis propias palabras en boca de otros, quizá añoro los estros escondidos en algún espejo remoto, quizá ansío venganzas, urdo encuentros, reinvento sonrisas, otorgo fragmentos verdaderos de mi corazón hecho trizas, me entrego todo sin exigir nada, eso intento, y así obtengo placeres inmediatos y fugaces, leves promesas y algún que otro desengaño para proseguir alimentando los antiguos instin-

tos comunes que jamás me abandonaron. Así lucho contra el miedo. Así crezco. Así me olvido de mí mismo. Así me recupero.

La noche está en calma cuando finaliza la ronda. Sonrío satisfecho, miro al cielo, clarea, no llueve, pasan pájaros.

Mensaje, que no pretendía ser respuesta y mira

Si quiero levantarme lo hago despacio, que las caídas duelen y no es cuestión de empezar mal el día. Siempre empiezan igual los días. Igual de aterradores en el primer espejo, igual de húmedos bajo las primeras aguas, igual de sangrantes bajo las vendas, las cuchillas desechables, los afeites rápidos y demás maniobras de seducción trémula y desencantada. Son dos minutos. Pero son una eternidad si me detengo a contemplarte. Si observo cómo te mueves, cómo vas de aquí para allá, con tu café amargo y solo, sola de un espejo al otro, qué despliegue de colores, qué ritual, qué danza, cuánta perseverancia y arrojo. Y ni siquiera has advertido mi mirada, de tan en ti misma como estabas y sigues estando. Me gusta tu eternidad de cada mañana. No me abandona en todo el día, la sé siempre conmigo, y es ella quien me reconduce una y otra vez a mi casa y a mí mismo.

Como si en ella estuvieras. O faltaras, que viene a ser lo mismo.

Pero me fallaron los cálculos y las cuentas en algún lugar del camino. Quizá fui confiado donde no debía. O quizá me habitué al engaño de ti misma en ti misma, y con eso me bastaba o me sobraba, que mis silencios se hacían cada vez más largos de día y más ruidosos de noche. Nunca analizo demasiado las cosas. No me gusta acotarlas, y adoro el carmín incoloro de ciertos rituales y liturgias. Lo sabes, aunque no me lo hayas dicho, que no recuerdo ni una sola palabra tuya, ni un solo reproche, ni una sola esperanza ni un solo murmullo. Sólo gemías para ti misma en tus adentros, en esos instantes en que el placer te abolía. Estabas hermosa entonces como sólo tú misma en ti misma podías estarlo. Y yo lo sabía y lo sé también ahora mientras enciendo el mismo cigarrillo y juego con las mismas virutas del humo, y te dejo seguir siendo tú misma en ti misma, y observo el hermoso lugar vacío con quien comparto mi lento levantarme cada mañana de cada día.

## Apunte para un Ensayo

Cae la ceniza. Veo entre mis dedos un cigarrillo humeante que, como casi siempre, llega tarde a mi cenicero de pie, metálico, barnizado de oro color nicotina. Constató que es un simple hecho subjetivo y habitual, uno más, entre las muchas visiones que rescato, casi sin percatarme, de entre los espejos que me rodean.

(Hago un inciso prosaico, y subrayo que lo objetivo no existe. Es sólo mi opinión, por eso no pienso discutirla. Además tampoco me apetece minar los cimientos sobre los que se edifican tantas maravillas, lo sé. No existe nada que no haya sido, en el mismo y preciso instante de su irrupción, convertido en concepto, aprehendido, interpretado, y así, al fin, transformado en objeto del conocimiento. No existe nada sin nombre... ¿Existe el narrador? En la narración, sí, desde luego. ¿Dónde si no? El sujeto genera la acción y se prolonga, se mimetiza en ella, en lo que cuenta, insinúa, sugiere, afirma o niega. Hablo de una usurpación completa, nada de medias tintas. El sujeto es exactamente lo que hace, ni más ni menos. Tampoco es anterior ni posterior al hecho, qué va).

Cae la ceniza. Podría recogerla si me molestase en agacharme y mirar al suelo. Pero no lo hago. ¿Está ahí la

ceniza? ¿Estará sobre el mármol blanco dibujando alguna estrella imposible? Lo dudo. Seguro que se volatizó entre las aristas de la gravedad, o se quedó quieta, suspendida, a un palmo escaso del suelo, como esperando que yo acuda en su ayuda, y la empuje a caer del todo o quizás la elimine de un soplo vigoroso. No pienso hacer nada de eso. Esa ceniza no existe. Vi su caída, eso es cierto, pero eso fue antes y además ya está escrito... ¿Por qué habría de perdurar fuera del instante en que constaté su existencia? ¿Alguien cree que existen las cosas en la memoria? Craso error. No existen. Son sólo reflejos del lenguaje que utilizamos para no caer definitivamente en la demencia. Pero eso tampoco sería nada del otro mundo. Qué ocurrencia.

### Por eso escriben

A veces se escribe como se piensa, sin más trabas que la percepción de las cosas, y entonces es fácil, o lo parece, trenzar sobre los folios la sucesión de los eventos, su cadencia, sus revueltas y sus desenlaces imaginados. A veces no, que a veces se enredan los hilos, que el ovillo se encapricha en sí mismo, que no se aclara nada el pensamiento, que es un puro revoltijo sin sentido o una inocente búsqueda sentimental mal calculada, y las palabras, entonces, son sólo signos perdidos como losas pesadas que no encajan en parte

alguna. Y duele ese no encontrar la idea, no apresarla, cómo duele. Es volátil la idea, y no siempre se deja compartir, que puede no ser amiga de traducciones, que puede ser rebelde o saber de tu torpeza y jugar contigo al ahí te quedas, no me alcanzas, no me comprendes, ay, no me mereces...

Así son las cosas del pensamiento. Como las de la vida. Que una idea es sólo un fragmento de otra idea, y que sola no vale nada la idea. Que hay que vestirla, que hay que adornarla, que hay que mimarla para que se sienta a gusto, para que no te abandone, para que crezca y se haga mayor y fuerte la idea.

No son fáciles las cosas a este lado del espejo. No me basta con verte, que saber de ti me sabe a poco y poco sabe mal y sabe a nada, que siempre quiero más, ya lo sabes, yo lo quiero todo. Quiero penetrarte y perderme en tus adentros. Sé que en la dureza de algunas palabras se esconden pétalos de terciopelo y sobreviven las caricias. Quiero diluirme como sangre en tu sangre. Y amanecer contigo y compartir esos instantes de claridad por los que luchamos cada día. Esa lucha es por nosotros, eso decimos, pero quizá lo sea por la idea, que todo son ideas, tú y yo simples ideas, que se suspiran entrelazadas, que se buscan y no se encuentran, que se saben incompletas, y lo saben, vaya si lo saben, saben que así se construye la eternidad. Por eso escriben.

## Fuera del Tiempo

A veces ocurren milagros. Pasa un ángel y te deja una sonrisa en los labios (no, no sólo una sonrisa, una constelación de signos). Pasa un ángel y renaces (no, no sólo renaces, resucitas). Pasa un ángel y recuerdas todo aquello que fuiste, y vuelves a serlo, siquiera por un instante (no, no todo lo que fuiste, que algo nuevo se te añade y no, no sólo un instante, que estás fuera del tiempo y ahora lo sabes). Merece la pena vivir ese instante. Revivirlo. Es entonces cuando una inquietud antigua se despereza en tus adentros, y te confirma que hiciste bien en conservarte íntegro cuando ya empezabas a temer que era inútil seguir luchando... Nunca es inútil, y no merece la pena explicarlo.

A veces ocurren milagros que sin embargo no lo son. Son fruto del esfuerzo y la vigilia, de la voluntad y la suerte, del deseo, de la necesidad, del apego a las cosas pequeñas y transparentes, de la persistencia en ti mismo, de un latir que llevas escuchando desde siempre, de una locura que te empuja, de una lógica que construyes despacio y destruyes deprisa, de un sentido oculto que nunca dejas de lado, de un amor antiguo que te sobrepasa, de un silencio que cultivas, de una amistad que jamás das por culminada, de una obra que en ocasiones ni adivinas, que la quieres bien hecha pero no perfecta, que la realizas al unísono contigo mismo y con

las erosiones de los vientos, los golpes del azar, los guiños a quien sepa recogerlos, las inclemencias, las dificultades, los errores, las paradojas, los abandonos, las tinieblas, las palabras y los nombres de las cosas, esos ecos que se multiplican y siempre regresan y no ceden, no aflojan, no, qué va.

A veces ocurren milagros. Pasa un ángel y piensas que te elige. Pero no. Las cosas nunca fueron tan fáciles. Pasa un ángel y tú lo eliges. Pero sólo si sabes, si puedes, si quieres. Eso te diferencia de todo y todos. Te iguala, también. Siempre lo supiste. Es así, pero no, no merece la pena explicarlo.

### Insomnio largo o breve, que yo no decido

Me estremecen tus palabras entrecortadas. Ya sé que no es culpa tuya, que a mí así me llegan. Yo asendereo bisoño tus lugares favoritos. Y me rindo a tu soltura por entre esas celosías que me arquean la espalda y me nublan la vista.

Me estremecen también tus sonrisas. Apenas entiendo tus emoticones y siempre los interpreto a favor de corriente. Disfruto jugando al escondite, mucho más que cuando niño,

que ahora ya sé lo que estoy buscando. Ahora sé demasiadas cosas pero me sigo turbando con las más humildes, las más sencillas y pequeñas, que sigo prendido de aromas interiores, de sueños antiguos y quizá vencidos, de hermosas palabras que disfrazo de conceptos, pero son como esas ilusiones de siempre, envueltas en papel de estaño, plata imaginada, en el patio y a la hora del recreo.

Hoy no quiero ser breve, pero eso nunca se sabe. El tiempo es subjetivo y quizá las palabras ya estén contadas. Pero las sigo escribiendo en la pizarra de los sueños, y la tiza siempre deja un polvillo de nieve flotando entre nosotros. Me revuelvo y me sé inquieto. No concibo la quietud ni siquiera en el pensamiento. Sobre todo en el pensamiento. Que ya te enumeré mis querencias e incluso aventuré su desenlace. Pero ya no me doy más crédito ni me concedo indulgencias.

Cada instante es distinto. Cada confesión exige desigual penitencia. Y no creo en los castigos, que nunca supe corregirme. Yo creo en las palabras que mi sien arroja sobre los blancos tapetes, yo creo en ese juego obligado, que no hay otro, que es el único, y que hoy pierdes y luego ganas, que los faroles siempre iluminan esas cartas dormidas, que estoy entre tahúres que juegan conmigo y yo con ellos.

Tus palabras me estremecen. Me sugieren noches de aguardiente y tequilas sucesivas. Besos de sal y limón. Locuras de absenta y ósculos de fuego... Recuerdo que esas noches amanecieron en otras páginas arrugadas que todavía conservo y leo de vez en cuando y releo y corrijo y multiplico y adoro, que están anotadas en los callejeros de ciudades fantasmas sumergidas en la niebla. Yo recuerdo esas ciudades, o las reinvento que es lo mismo. Las pueblan cuerpos enteros y cuerpos fragmentados, placeres que fueron intensos y sonrisas tristes que todavía me exigen una reparación imposible. Ya no puedo volver atrás hacia esos cadáveres tan exquisitos, que ya es imposible el regreso.

He de proseguir mi camino en este laberinto de cada día. Y en ello estoy, tú bien lo sabes. Con mi bagaje de abandonos, con mis bártulos de siempre. Con esa media sonrisa a mis espaldas y ese cuchillo en la mano, ese puñal de arena, esas flores de ceniza, esa clepsidra atascada, esos cinco dedos que extendiendo sólo para encontrar tu mano.

## El Espejo

Hay en los espejos una crueldad y un gozo literarios, una túnica blanca y un horror antiguo al vacío, un fácil

paralelismo con la creación primera, unos renglones bíblicos que nos devuelven a los jardines donde fuimos el primer hombre y la primera mujer, un acento que se prodiga en las profecías y también en la ciencia, un instante de temblor y acogida, una multiplicación rápida y un eco hambriento, una semejanza ambigua que nos convierte en otros, y así nos reconcilia con nosotros mismos.

Hay en el azogue generoso de los espejos una metáfora de la otredad y más de un enredo narcisista, una mezcla de realidad y deseo circundantes, de tormenta y calma aparentes, de superficie firme, brillante, que sin embargo se curva y se desgarrar, se hace añicos, se crispa, y nos revela un trasfondo inagotable, un universo en otro. Un cruce de formas contenidas que los pensamientos desbordan, un juicio solemne y un debate en ebullición, un juez mudo, ausente, una balanza inservible, y un coro enloquecido de testigos que deambulan por las aristas persiguiendo una única verdad que no existe. Hay también una lágrima mutilada, una sonrisa recién nacida, un apocalipsis revelador, y un crisol áureo por el que acabamos dando la vida.

¿Qué no desaparece jamás de los espejos? La mancha indeleble del aliento que acompaña nuestras palabras.

## Homenaje

La ira es la culpable de que haya chillado. Voceé con brío, como escupiendo, que tus palabras me habían dolido; que tus gestos eran ridículos; tus motivos, nimios; tus reproches, vanos. Grité, hasta que me sangró la garganta, tu maldito nombre toda la noche. Tu nombre, yo maldije tu nombre.

Hay un tiempo para la guerra si lo hay también para la calma. Esta guerra que no es mi guerra, la encendió la ira, la prendió la ira, mi ira que no quisiera que volviera, la ira mía que no creía que existiera. Y esta calma, derrotado el ánimo, deshilachado el cuerpo, esta calma que me aproxima al silencio, esta calma del vencido por la ira no es, acaso, hija también de la ira... Esta calma no es la mía. Esta calma es una herida, una afrenta, un adjetivo mal aplicado. Esta calma es también la ira.

Recuerdo que maldije tu nombre. Que crucé los umbrales del más oscuro ritual en busca de tu condena. Que especulé con signos, que recité sortilegios, que emulé sombras, que archivé pensamientos con mi alfiler nacarado. Que me convertí en otro para falsearte la rutina. ¡Yo en otro! Y es que no estaba en mí mismo. Estaba en la ira.

## Al alba

Hoy escribo con pausa. La letra clara, la idea... ya vendrá la idea. Yo la espero sin desearla. Tiene miedo al deseo, la idea, tiene miedo a las prisas, le aterran los empujones, las drásticas reducciones. La idea es lenta y holgazana como la lógica o la lujuria extremas.

Sortea los asaltos como una lánguida novicia, como una íntima pertenencia, como un recuerdo orgulloso. La idea es celosa en atención y enorme en desapego, no mendiga un último concierto, es frágil como una sonrisa pero firme como un roble, cuando se planta y arraiga. La idea nos ronda, parece que nos escucha, pero es tímida y le cuesta mostrarse entera. La idea es tímida, y poco amiga de las transparencias. Pero necesita compañía, la idea, y eso la pierde: si le abres los portales se instala en tu cerebro y se adueña hasta de las telarañas. Mal asunto que se enquite una idea en tu cerebro.

Hoy escribo con pausa, sobre una idea que no llega. Ya vendrá la idea. Ella sabe que la espero sin desearla. Este es un juego solitario, un bosque de flores sobre el esférico tapete, una partida eterna de frases burladas, una continua escaramuza de ardientes corales. Hay que ser paciente, pero también cauto. Es imprevisible la idea. Puede hurgar

cualquier eclipse, cualquier arrabal sólo propicio a la caza furtiva, cualquier reliquia, cualquier consuelo. Puede incluso parecer invisible y entonces, qué difícil descubrirla. Pero cuando llega lo hace como el sueño, arrasando, poniendo fin al insomnio.

### Discurso o monólogo

Sé que a veces te ofrezco muy poca cosa.

Acaso sólo lo insípido, lo anónimo de los días, de estos días de cada día en que vivimos. Sé que no soportan ficción alguna ni peripecia ni tampoco anécdota contable. Sé que la aventura parece pueril y su narración propende a ser informe. Pero nada, ni el mismo caos, puede sostenerse sin una elaborada estructura. Ocultarla o mostrarla es privilegio, mérito u error del escriba, astucia o superficialidad del lector. No olvides que la incontinencia verbal es tan grave como la incoherencia, pero la afluencia de la sangre no debe ni puede hacernos olvidar la existencia de la herida.

¡La pesadilla! Sueño infinitas lunas superpuestas en esta noche de luna llena y sola. Sueño una vida de infinitos

días superpuestos en este día que anochece con una inmensa luna llena y sola que irradia claridades meridianas e incontables.

¿Cuándo completa un hombre sus pensamientos?  
¿Cuando ya son pasado anclado en la memoria o mientras perduran como deseo latente, firmes en su voluntad de futuro?

Es desagradable someterse a lo uno u a lo otro. La vida es un duelo o una ejecución (o quizás ambas cosas) pero siempre es posible intentar elegir las armas y, sobre todo y en primer lugar, la víctima. Su inocencia que es su asombro crea una atracción sin límites, un mareo en el conocimiento que no se pierde sino se multiplica, una pulsación honda que es conciencia y evidencia palpable y al final un misterio oscuro y una explosión radiante. El presente es el depósito de la vida y de la muerte (como de tantas otras cosas) o sea, es un fraude, una simple huella, una aparición fugaz, una ilusión ajena a todo sentido o sentimiento, algo impalpable, intangible, inalcanzable como una sombra o una sonrisa, un engaño, un artificio filosófico, la negación del tiempo y la confirmación dolorosa de la falta de alcance del intelecto. Es, sin embargo, el único asidero que sostiene la trama, el discurso, el devenir de cualquier ser humano: su peculiar paradoja.

Sólo podemos expresar lo que ya hemos perdido. Y a veces ni eso.

## Gramática íntima

Descubro tu forma con cautela. Tu contenido, ni rozarlo, que aún me parece más frágil. ¿Existen separados? ¿Tu contenido y tu forma separados? No, que esa disección es imaginaria. Pero necesito hacerla para intentar con palabras expresarte. Para que tu forma no me ciegue o tu contenido me impida arriesgarme hasta lo más hondo. Tú te sabes entera y yo te sé de una pieza.

No hay forma sin contenido. En un contexto mítico nos movemos. Pero el movimiento precisa de los sentidos, de las interpolaciones, de las comparaciones, precisa de los otros, precisa de la quietud desde la que medir las distancias. ¡Ay, las distancias! ¡Cuidado con las distancias! Me sé próximo a ti, muy próximo incluso. Y tú que me tienes sólo por allegado. Quizá por eso me tienes prendido de tus párpados, en la comisura de tus labios, en algún lugar entre tus muslos, en cualquier contorno de tu sombra. Soy dueño de tu forma y objeto de tu pensamiento.

Pero es complicado ceñirse al lenguaje para expresar lo inexpresable. Diría tantas cosas. Y las digo, vaya si las digo. Pero ninguna alcanza el temblor que me sacude cuando estoy contigo. Tú lo sabes, aunque parezcas inadvertida. Tú lo sabes, aunque nada te delate. Ni tu sonrisa o tu llanto, ni tu mirada oscura cuando te quedas pensativa. Ni tu cuerpo cuando duermes. Ni el tono de tu voz cuando me reprochas alguna impostura. Quizá todo sea imaginación mía. O tuya, y yo sólo sea el más breve de tus sueños.

## Confidencias

En ocasiones desoigo tus consejos. Tampoco tus ejemplos me valen. Suelen ser falsos y necios los ejemplos. Las circunstancias son cambiantes. Yo mismo soy cambiante. Pero quiero que sepas que no me escondo. Hoy practico a solas con tu cuerpo lo que aprendí en otros cuerpos. Pero ya voy olvidando esas palabras que tanto nos gustaban, esos susurros que te enloquecían, esas órdenes que me suplicabas.

(Una antigua canción de Bowie resuena en mi cerebro: el disco está rayado, pero no importa, esto es un homenaje, no una audición libre o voluntaria).

Hay días que requieren orden, contemplación interior y alimentación pausada. Pero también hay días que son como hijos de un trueno, que se abrazan al caos, que son sólo desenfreno, un abigarrado mosaico de vértigo y desvarío. Esos días son mis mejores días.

Fluye en ellos el pensamiento a borbotones, y si no fluye poco importa. La acción lo es todo. La acción gobierna los signos. El tiempo ciego y breve de un rayo me muestra las palabras prohibidas. Quizá no haya palabras prohibidas esos días del caos. Yo me sé, aunque no pueda detenerme para decirlo, más allá del bien y del mal. Pero sólo en esos días. ¿Cómo explicarlo si no puedo entenderlo? Sólo sé que dejo de ser quien soy cuando enuncio las cosas, sus nombres o las rutas por todos conocidas. Sólo sé que esos días no postulo convergencias ni arbitro el porqué de los colores. Esos días me diluyo en ti y soy como tú. Conceptual. Y quizá, si la suerte no me abandona, esos días soy cruel y silencioso, como un poema.

## Iniciación al juego

Un antiguo eco me llama a cada instante y es extraño, cualquiera de mis nombres le sirve, siempre me localiza, jamás deja de susurrarme sus consignas. Repaso como si nada el infinito catálogo de sus mensajes como buscando algún desliz, alguna salida que no encuentro, alguna clave que me libere del escalofrío y me muestre el entramado oculto de las cosas, su origen, sus fases terminales, también su introducción y su epílogo, siempre su laberinto. Su tránsito.

No siempre consigo recuperar el habla cuando las palabras dejan de serme útiles. Y eso sucede muy a menudo. Su sinsentido me complace, no lo niego. También su música inacabada, su suerte de seducción, su voluntad de juego. Quizá sin normas no haya supervivencia. Quizá todo esté reglado por invisibles hilos entrelazados. Quizá no. Tampoco importa. En ocasiones no importa realmente nada y resulta incluso impensable rozar, siquiera, la suerte de la comprensión. Todo fluye o se detiene. Nada acontece o, al contrario, todo se sucede vertiginosamente.

Sé que hay una realidad ahí afuera. Sé que la hay aquí adentro. Las distingo sólo por costumbre o por contraste. Sólo porque quiero o porque lo necesito. Sólo como terapia

o por enfermedad. Sólo por nombrarlas. Quizá por lujuria. Seguro que por egoísmo. Seguramente por error. Quizá por nada.

Por eso sigo jugando el mismo juego de siempre todos los días y a todas horas. Sin tregua. Como tentando al azar, burlándolo. Sabiendo que sin suerte nada existe, que ahí reside el concepto y también el conocimiento y que fuera de ambos no hay nada, ni siquiera la ausencia. No hay nada de nada. ¡Nada! Quizá ésa sea la más curiosa y deforme de las palabras. La más cruel y ficticia. La más humana. Quizá sea, incluso, la clave misma del juego. Quizá no.

### Insomnio relativo

Sigue siendo fruto del insomnio intentar comprender la locura de los signos. Dicen que en esta calle en obras en la que vivo no hay lugar para la nostalgia. Todo cambia. Ya no están ni la pequeña tienda de ultramarinos ni los anaquelos del zapatero remendón. No importa. Sigue arriba el mismo cielo aunque la lluvia no sea la misma, es más densa,

opaca y triste. Mi calle. Sí, la que los dioses han abandonado. Mis dioses. Sí, los que niego tres veces sobre su ombligo de piedra.

Sigue mi memoria recreando los ecos de tanta ausencia. Tus ojos, por ejemplo, han enrojecido. Los míos te buscan como la palabra al silencio, con sigiloso tiento, con respeto, con ansiedad contenida. Y total, para nada: nada tenemos que decirnos hasta que el cuerpo nos pida un abrazo imponente y seamos uno durante algunos minutos. Y todo sucederá en silencio. Luego llegará el sueño y su cohorte de castálidas: con sus interrupciones, con sus fragmentos, con sus fuegos de artificio, con sus caracolas y su enjambre de traiciones, con su sosiego fingido, su latir huidizo, su nomenclatura infantil y su final conducirme como siempre al insomnio.

Mi memoria. He ahí el penúltimo engaño. No tengo memoria. Es un alud y un vértigo, algo que supera el habla, nubla la vista y se instala entre mis dedos para derramarse en la página. No tengo memoria ni la tuve nunca: mis recuerdos son una pura sombra que sustenta mi espíritu en un último intento de perdurar.

No existe la tienda de ultramarinos, ni existió jamás el zapatero y qué decir de mi calle si ando robando esquinas desde el principio de los tiempos. No existes tú ni la lluvia.

No existen los dioses, aunque yo siga negándolos tres y tres veces más.

Sí fui mercader en la vieja Fenicia, sí combatí junto a Alejandro, sí envenené al César, sí derramé bombas sobre Hiroshima, sí quemé la gran biblioteca, sí...

Todo es mentira. Nunca estuve entre tus brazos, nunca te subí a la cruz ni te clavé la lanza, nunca te conduje hasta los hornos purificadores, no...

### Con acento leve

Siempre se busca algún lugar donde descargar la tormenta. Sin hacer daño a nadie, si eso es posible. O haciéndolo, que hay rayos que despiertan y heridas que se curan más con dolor que con caricias. Vas aprendiendo, poco a poco, que hay que tener cuidado con los acentos, que no siempre fuimos comedidos y que no basta, no es suficiente, con elevar el tono de las palabras para ayudarlas en su cometido, para guiarlas por entre los interrogantes o para fingir enfado, interés o simplemente calar más hondo.

Hay un despropósito en tu mirada y en el fondo de

tus ojos siempre se refleja una duda. Una duda sola que es hermosa, pero que sé demasiado expectante. No lo niegues. Yo comparto esa duda, que no me queda otro remedio. Yo comparto contigo cualquier cosa, que todas son mías y todas las quiero tuyas.

Que tú no existes sino en mi idea. En mi idea de ti misma, que es una idea extraña, que propiamente no existe o que es sólo intuición, deseos de ser o de haber sido. Y tú eres esa quimera. Ese grito, ese acento, esa locura que se instala en todas partes y en ninguna.

Habré de rebuscarte algún día entre mis recuerdos archivados. Te encontraré de un alfiler prendida. Pero me estarás esperando, y no te sorprenderá verme de nuevo. Nos iremos muy lejos o muy cerca, que no importan las distancias. Nos iremos muy adentro, que sólo allí podremos entendernos. Te hablaré de mis sueños y tú lo harás de los tuyos. Y sabrás que son los mismos, aún con diferente acento. Sabrás que nada cambia si se fue puro en el intento.

Sabrás que el fracaso no existe y que la victoria es otro engaño. Me dirás que me quisiste y te diré que lo sabía. Que lo sigo sabiendo, que lo sabré siempre. Y te diré que te quise y que por eso te abandoné en algún rincón de mi existencia.

Y me dirás que no es posible abandonar lo que se quiere. Y te diré que tienes razón y miraré hacia otra parte. Hacia un reflejo débil de tu sonrisa en la mía.

### Los instantes exigentes

No hay palabras a veces. O las que hay no sirven. No sirven cualesquiera, que hay momentos muy exigentes. Hay instantes que precisan prudencia o cordura y los hay de obligado silencio. Otros instantes, sin embargo, sólo se salvan con los mayores disparates o con el surrealismo más afilado y hondo... Los instantes son muy exigentes y estropearlos constituye imperdonable torpeza.

Hay una conexión extraña en el cerebro que adecua pensamientos y palabras, que si eso no es algo simultáneo es que algo anda mal en la mollera. O en las palabras, que a veces no distingo si existe el pensamiento o existen las palabras. Bueno, tal vez no distingo tantas cosas porque no me da tiempo a ello. Un único instante lo engloba todo y no se divide ni lo muy pequeño ni lo muy grande, que es perder el tiempo dividir lo indivisible.

Analizar es otra cosa. Requiere estar al margen, en

algún rincón bien amueblado, con libros por ejemplo, con lenguas muertas y vivas, con cadáveres que no se agiten ni molesten demasiado, con una lluvia de sangre que caldee el ambiente. Ah, esos rincones terroríficos, qué encanto poseen, cuánta poesía almacenan, qué de dolores producen y cuán prolongado placer acaban destilando. Analizar es clavarse un puñal en el pecho y salirse y observar cómo la herida se desangra, cómo cauterizan o no las cicatrices, cómo se escapa el ánima entre tantas infecciones y cómo se descansa finalmente. Analizar es abrir las celosías y perpetuarse en ellas. Es ser cruel a la hora de los recuentos pero también cobarde si las cosas van mal dadas. Que un espejismo puede acabar con cualquiera y de esos rincones terroríficos no se sale sino con suerte y soltura, y mucha sangre fría, y alguna mínima certidumbre en la que apoyarse. Se sale cojeando pero se sale, que si no se sale, a ver quién va a entrar a rescatarte entre tanto cadáver y tanta lluvia de sangre, que tu pecho hecho un asco tampoco es reclamo ni invitación para visitas redentoras.

Pero no se puede vivir sin aceptar algunos riesgos. O aceptando demasiados, que el descontrol siempre nos puede seducir y cuando nos damos cuenta es ya demasiado tarde. Que entonces ya ni importa, que no es cuestión de arrepentirse, desconozco qué es eso, sino de saber pasarse de mano en mano la piedra ardiente. Seguro que muchas palabras son como esas piedras palpitantes que resplandecen y sofo-

can, que agobian y pesan un fuego insostenible. Y todo un lenguaje en llamas es mucho fuego y mucho lenguaje. Por eso a veces mis palabras llevan cierta urgencia en su tono, que siempre deseo que no yerren ni maltraten los breves instantes exquisitos... y tan exigentes.

### Burla del azar

Es imposible no analizar las cosas. Quizá el sentimiento precise ser explicado para ser sentido. Quizá no, que hay opiniones para todos los gustos. Y es de buen gusto atender a todas las opiniones. Pero yo me aferro a mis vivencias y a mis sentimientos y, entretanto estoy en ellos, una voz que sé la mía, me los va traduciendo, me los va recreando y así los digiero, los paladeo y los disfruto. Los hago míos, que ya lo eran y yo sin saberlo.

No creo en los sentimientos puros. Ni en los deseos solos. Ni en los desencantos totales. Ni en las satisfacciones eternas. Tampoco en los estados de ánimo. No creo en nada que supere un solo instante. O que tenga esa vocación de perdurar en el tiempo. Un instante solo me basta y sobra para reconstruir una vida, para almacenar sus olores, para desarrollar sus matices.

Yo soy un instante solo y sólo eso. Un instante que incendia el aire, que se enorgullece de los ecos que encuentra en las piedras, que planea sobre las hogueras y se refleja en los estanques. Un instante que brota de mi sien como de una noche indecisa, que consume la hermosura venidera de tu cuerpo que se aproxima, que se adentra en los enigmas para abolir la vanidad de los dioses aburridos.

Llega siempre tu cuerpo a este instante de tu cuerpo en el mío. Tu cuerpo y el mío en el mismo instante. No nos sorprenderá la brisa ni el parpadeo habitual de nuestros labios. No queremos que el azar interrumpa nuestro encuentro. Demasiada buena prensa tiene el azar.

Presumo que las palabras hermosas con frecuencia disfrazan conceptos ausentes. Y el azar no existe más allá de nuestra ignorancia. Y este instante solo de tu cuerpo en mi cuerpo se agota en sí mismo, y se culmina en nosotros.

## Regreso del oasis

Avistando la compleja miniatura de las cosas, el paisaje fugaz que se borra con un simple parpadeo, los breves apuntes de una realidad en tránsito, los trazos velo-

ces, las estelas dibujadas en un soplo de brisa marina.

Avistando cómo se abren los pétalos del pensamiento, cómo peina el remolino los cabellos, cómo se encapricha la yedra en un abrazo y cómo el placer oficia su liturgia en la reunión de los labios.

Así retumba la sangre, a sacudidas lejanas que se aproximan, construyendo nidos de pájaros invisibles en las calderas del corazón, donde multiplicamos las caricias del agua.

Así retumba la sangre, a golpes de latido enloquecido, que engendran una sucesión de pliegues que se suceden a sí mismos y no, no terminan, se quedan suspendidos en una ingravidez que sería de pesadilla si no supiéramos qué hacer con ella.

Cierro entonces los ojos, detengo el vértigo, y te veo  
En mi cuerpo  
Sin coordenadas temporales en los espacios superpuestos  
Entre las nubes de una lluvia que da nombre al mundo  
En tu cuerpo.

Porque no vivimos de palabras.

### III

## EL LABERINTO

*"Morirse es volver a ser lo infinito que ya fui."*

Juan Ramón Jiménez

### Compartir el tiempo

¿Quién no podrá dormir entre los remolinos de la sal y esas columnas de humo que amenazan? ¿Quién encontrarnos tiritando al alba en los portales de algún sueño? ¿Quién en su alma? ¿Quién ofrecernos cobijo a cambio de nada? ¿Quién en su esperanza? ¿Quién sellar los visados, quién los afanes, quién las nostalgias, quién restañar las heridas? ¿Quién en su cuerpo?

Las horas están mal contadas, como en el polvo suspendidas. Una economía las quiebra y otra las liquida. Yo no quiero un tiempo medido. Lo quiero sin reservas, como arrollando a su paso mi demora en las estancias que se dicen prohibidas. Lo quiero sin condenas, como desanudando las agendas, como convirtiendo los días en borrascas domadas. Lo quiero taciturno. Y breve. Y convertido en despeñadero de cada uno en sí mismo.

Y te deseo en mi tiempo. Rimando suave los latidos de mi pecho. Que necesito tu ayuda en mi trabajo de no saber hacer nada. Que me liberas de encargos, de pleitos y litigios, de competencias y traiciones. Que no soy avaro de adquisiciones ni pobre de avaricias. Que sólo sueño en rendirte mis armas y en besar tus labios y en dejarlos mudos, pero siempre audibles como el carmín de tu aliento, como tu valeroso silencio al caer acentuado de los interrogantes, esas losas oscuras que labramos juntos y que yo firmo con tu voz prestada. Que tu mirada es un portento, que acaricia y templea, como con una magia que nadie puede comprender si no se está embrujado. Que sólo tú lo sabes, sabes que no esparzo promesas, que no espero respuestas, que no las quiero tan pronto. Que me las reservo para luego o tal vez para nunca. Que en mi tiempo tú ocupas los ritmos que acentúo y los rituales que celebro. Que tú eres mi tiempo y tuyo es el gobierno de los signos que imagino.

Quizá no sea así, quizá no del todo. Nunca nada es la misma cosa, ni siquiera ella misma. Quizá las cosas se hayan complicado y ya no alcance donde solía. Quizá ya no desee la felicidad y me basten unas pocas percepciones. Pero sería hermoso volver a compartir un nuevo sueño allí en ese tiempo antiguo donde la suerte dejó de sonreírnos.

### Por si vuelven

No hay nadie en ese rincón oscuro que guardo immaculado para las grandes ocasiones. Ni siquiera yo me atrevo a profanarlo con las visitas comunes o los placeres cotidianos. Es un lugar privado. Es un rincón sagrado y oscuro ese rincón vacío. Sé que lo habita un signo indescifrable resbalando sobre esas aguas en las que dibujé corazones y empecé a enamorarme. Una adormidera tatuada y un racimo de pétalos resecos que caen de vez en cuando. Jamás los recojo ni pienso hacerlo. Sé que hay huellas antiguas y más de un deliquio olvidado en ese nido de ámbar. Un aire rancio y muchos fantasmas de mi pasado.

Todos tenemos fantasmas archivados en la memoria. Fantasmas mutilados y cadavéricos que sonrían al verme o que siempre sonrían... Quizá sean la dimensión auténtica

del pasado, su sonrisa y su atributo, y nuestra única ofrenda permanente a las llamaradas del tiempo. No los reconozco a todos, ni siquiera recuerdo sus nombres. Algunos bien sé que añadieron gestas gratas a mi vida. Otros sé que me hurtaron lo que pudieron. Ya no importa, y seguramente no llegaron a importarme nunca. Quizá con el paso de los años sólo importa lo importante.

Sólo importa el homenaje, el gesto de guardarles un rincón oscuro, inmaculado y vacío para las grandes ocasiones. Por si vuelven.

## El laberinto

Prosigo en el laberinto. Siempre de espectador y también de cómplice. Entre los obeliscos de mis cadáveres y las imposturas del desencanto. No siempre alcanzo a descifrar lo que veo. Es confuso el paisaje, que demasiadas formas y abigarrados contornos, demasiadas apariciones y muchas pérdidas, asolan el entarimado. Yo no distingo algunos tonos ni velo armas en guardarropías inútiles. Tampoco quiero ser reo ni verdugo. Sólo busco hospedaje reparador, y aspiro a proseguir otro poco mi camino.

Pero no hay otro camino, que el sendero está vallado y las sombras merodean. El pensamiento es libre, pero no es libre de sí mismo. Nada ni nadie se libra de sí mismo. Me sé siempre en la encrucijada, y cotejo por igual las heridas en el pecho que el hastío de los días vencidos, la orla de las esferas azules que la toga blanca de los que todavía suspiran. La única elección es la elegida. Pero son indecorosos los suspiros...

Es una ironía del destino haberte encontrado. Aquí no existe el tiempo, nunca es demasiado tarde ni temprano. Aquí nada es para siempre. O todo dura sólo un instante. Ni siquiera tú podrás cambiar las cosas. Y eso te puebla los ojos de lágrimas, que no son tristes aunque quieren serlo. Adoro esas lágrimas y el orgullo que ocultan. No quieren ser lo que tú quieres que sean, esas lágrimas adorables. Y eso es hermoso y sé que tú lo sabes, sé que sabes que tus sentimientos aquí no sirven, que en este laberinto no hay tiempo continuo ni espacio único, que hay otras prioridades y que no es posible detenerse. Por eso te pido que perseveres, porque es inútil te lo pido, que es necesaria tu belleza, que son necesarias tus lágrimas tristes, que hay que intentar ser demasiado humanos antes de serlo de algún otro modo. Y yo necesito de tus cosas pequeñas, mínimas, de tus sonrisas y también de tus lágrimas para continuar este camino sin recurrir a más engaños, sin construir atajos o destrozarse lo poco que recuerdo del paraíso.

Quieren los sentidos aportar fuerza a las razones. Yo aprecio su ayuda y también sus carencias. Un laberinto no es cualquier cosa. Tampoco el paraíso, el poco paraíso que nos va quedando.

### Certezas mínimas

La incertidumbre se multiplica con el paso de los años. Ni los lugares más comunes ofrecen mayores certezas ni la experiencia sirve para otra cosa que no sea incrementar las dudas, las alternativas, las posibilidades remotas por impensadas, el amplio espectro de la imaginación que se desboca, que se inflama, que extiende sus alas y abre sus labios y besa las frondas vírgenes y las aguas desconocidas. La experiencia ayuda a no aferrarse a los caminos trillados y a decantarse siempre por otros y a rebuscar lo distinto en lo mismo con mayores perspectivas, pero qué triste la experiencia si nos sume en un todo ya está hecho, ya está visto, ya está agotado y exprimido... Esa experiencia es de mentiras, que es persistencia en la ceguera, que es decrepitud y muerte, que es miseria y abatimiento. Quizá sea también rendición y cobardía.

Todo está por hacer, incluso lo que pensamos hecho.

Que nada está concluso, que todo está en camino, que uno mismo se sigue haciendo y deshaciendo, por muy importante que uno se sienta o se sepa sentido. Que todo está en entredicho y que en ese filo nos movemos, en ese filo como en un baile de máscaras, como en un carnaval lujurioso y extremo, como en una locura que nunca duerme, como entre esperanzas que jamás decaen, y siempre se renuevan, en ese filo como en una batalla encarnizada y sangrienta, como en un poema que es un laberinto que nunca cierra sus estrofas y es baile de acentos y metáforas y algoritmos, en ese filo ensortijado y suspensivo yo acato en un gerundio que es eterno las embestidas voraces de los tiempos que siguen cambiando.

Las frases pueden ser llegar a ser muy largas y la brevedad muy extensa. Puedo recortarme si quiero y puedo no hacerlo, y sigo cambiando y seguir siendo el mismo. Me río de mi risa y de eso que llaman estilo. Me río de lo mío y de lo que puede serlo. No hay más estilo que lo que exigen los momentos. Y hay momentos eternos de los que brotan angustias, retortijones y llagas que no dejan respiro, que se agolpan como manos lujuriosas en un torrente infinito de sensaciones sucesivas. Y hay momentos dormidos, momentos de un solo instante que se repiten y regresan, que se alojan en una sola palabra, que son un eco y un silencio, un suicidio concertado, una demora expectante y un aguerrido castigo.

Nunca tengo bastante. Ni siquiera esta fatiga que me abruma me parece suficiente. No lo es, que no puede serlo. Que uno se termina en sí mismo y ésa es tarea interminable. Recojo los látigos del fuego, las amatistas de entre tus dedos, mis palabras más duras de las piedras más angostas, recojo las sombras de los rincones vacíos que conservo intactos, recojo mis cadáveres y sus maravillosas sonrisas malditas, recojo esas monedas y ese metal que oprime mi pecho, recojo mi sombra y también la tuya, recojo mis versos y mis amores más desvalidos, me recojo a mí mismo de entre tantos deshechos, y prosigo.

### Autorretrato imposible

No me desagrade el olor de la sangre. Me recuerda a ti en esos días que ya pasaron. Sé que algunas veces multiplico tus problemas al simplificarlos. Es que no tengo solución a tantos problemas. Tú tienes tu manera de enfocar las cosas. Y yo te las desenfoco continuamente. Bueno, nunca fue esa mi intención, pero así pasan las cosas. ¡Y deja de jugar ya con mi sangre!

Sé que no administro bien mis identidades. Que las confundo muy a menudo, y no es que me disfrace, es que

todo es muy complejo. Yo soy muy complejo. Y aunque te presto toda mi atención, pocas veces entiendo de qué hablas. Tus problemas debieran ser los míos, pero yo no tengo tus problemas. Y para decir que tengo otros, primero debería conocer los tuyos. No me explico qué nos ocurrió en el camino que nos condujo donde estamos. No se está mal, a mí no me desagrade el olor de la sangre. Casi siempre me dejé llevar, no hice ningún inventario ni fijé la brújula a tu rumbo. Sé que hubo días de plomo y tempestades de acero. Hubo silencios de piedra y amaneceres de cristal. Hubo noches de insomnio y se nos cayeron muchas hojas en el calendario de los sueños. Hubo ausencias repetidas y esferas azules que nos mentían. Hubo egoísmo y vanidad. Hubo cariño. Hubo baile de humores y carnaval de pasiones. También lances oscuros y pasajes que no recuerdo. Hubo amor hasta donde no lo hubo.

Y tu sonrisa y la mía estallaron en carcajadas hasta que la risa nos cubrió de lágrimas. Siempre te lo dije: no ansío llegar a parte alguna que esté fuera de nosotros. Pero, ay, el espacio se te quedó chico. Y sin embargo es inmenso el espacio. Y las vistas te disgustan y te resulta difícil enhebrar las agujas. Pues yo que siempre ando abriendo ventanas sin salir del asombro. Y te faltan amistades, dices, que no estás a gusto entre cadáveres, que éste no es tu ambiente, que no me encuentras cuando me necesitas y que siempre estoy en otra parte...

Yo no tengo ni quiero excusas para reproches tan razonables. No conozco el arrepentimiento. No lo recuerdo al menos... Pero no me gusta verte sufrir.

Quizá todavía estemos a tiempo de desandar el camino, de asenderear juntos los pasillos en que nos perdimos, de encontrar el maldito lugar donde la escisión se produjo. ¡Vamos, vámonos deprisa! Dame tu mano, pero ten cuidado con la sangre, no vayas a resbalarte, no vayas a hacer ruido, que no es cuestión de despertarnos y descubrir que ya estamos muertos.

### Otro retrato imposible del autor

Tiene un sabor extraño la sangre. Siempre un sabor humano. El mismo tras la derrota que tras la victoria. Pero la digestión no es la misma.

He hablado con los genios, con los monarcas de los bobos, con la turba necia de los que perdieron el juicio, con los fatuos fantasmas de los fantasmas, con los prestos al socorro, con los alegres y afectuosos. También con los justos, con los listillos o depravados, con los ingratos, con los que amontonan juramentos, con los que esparcen promesas.

He hablado con los vencedores y también con los vencidos. Hablo contigo. Y sigo, sigo siempre hablando conmigo.

He visitado puntualmente las alcobas del miedo, las antecámaras del terror y del olvido, las madrigueras, las pesadillas del averno, y allí siempre percibí una amarga opresión en el paladar de mi pecho. También anduve de puntillas por entre los remansos del placer, los umbrales del sueño justo, los paraísos de la luz tenue, y allí siempre mi pecho supo que el aire gravitaba lenta y suavemente. Y era la misma sangre, la sangre derramada.

No es inexorable el destino. No está escrito en parte alguna. Y si lo está, lo está en la sangre. Sus leyes siempre se cumplen, pero no hay juez que las aplique. Siempre es posible elegir, que no escapar de la derrota o victoria. A menudo sucede que tras la tempestad llega la calma. En ese instante y sólo en éste, vencedor y vencido respiran el mismo aire. Yo sé cómo te sientes parecen murmurarse, y cuanto más dura y sangrienta fuera la pugna, más fuerte será la nueva sintonía.

¡Ay, de quién piense que las victorias son eternas!  
¡Ay, de quién lo piense de las derrotas! Nada es eterno, ni siquiera la sangre. Y sin vaivén no hay movimiento y sin movimiento no hay vida. Tampoco la vida es eterna. Ni permanente la locura de creerse vivos.

Yo me sé vencido y me sé victorioso. Tantas veces me rendí como tantas se rindieron. Tiene un sabor extraño la sangre. Tu sangre y mi sangre. Tiene un sabor extraño nuestra sangre derramada.

### La hora de la sangre

En no pocas ocasiones, sabemos que es imprescindible tomar decisiones drásticas. Sabemos de la necesidad de un golpe de timón para no sucumbir al oleaje de las confusiones ni a la amargura de los naufragios. Sabemos de la resaca inerte que nos va aproximando sin remisión a los arrecifes traicioneros, semiocultos, presentidos, del fracaso o la desidia, de la rutina estéril, cómoda, débil, y vana. La voluntad nos clava entonces su aguijón de acero en el centro mismo del cerebro, se nos adhiere a la piel con tintes de urgencia, y se torna grave y exigente el tono con que imanta nuestras brújulas y astrolabios, para incitarnos a fijar en los mapas de navegación los nuevos objetivos sobrevenidos. Una realidad distinta, puede que nebulosa e incierta, pero deseada, deseante, nos llama desde no se sabe dónde y lo hace a gritos, sin pudor, como impaciente, airada, y única.

En no pocas ocasiones, una grieta se abre entre los mundos que conocemos como entre los muslos de la mujer que amamos.

Y es la hora de tensar los labios y saborear la densa textura de la sangre.

Es la hora de la acción que gobierna los signos donde las palabras no alcanzan.

La hora que sólo existe fuera del tiempo. La que se mece más allá del bien y del mal. La del eterno retorno.

La hora singular donde confluyen todas las miradas del universo como en una danza tranquila de arlequines trémulos, ensimismados, y perfectos.

En no pocas ocasiones, creeremos encontrarnos en la encrucijada definitiva. Pero sólo en una tendremos la certeza de que el riesgo es inevitable. Y digno de ser admirado, aunque no sabremos explicar por qué, ni falta que hace... Será cuando ya no quepan más apaños ni demoras. Será cuando el cielo plomizo descargue su columna de fuego sobre nosotros, con exactitud poética y precisión matemática. Será cuando los sentidos y el pensamiento se anuden en nuestra garganta, y se conviertan en conceptos. Será cuando todas las filosofías alcancen su cenit, y sean

abolidas. Será cuando llegue la hora última donde principia una vez y otra la monodía de los eventos. Quizá cuando la hora de la voluntad y de la sangre. La hora realmente más solitaria de todas. Quizá cuando la hora de la alianza. Será cuando, entonces. Será, sí.

### Alquimia de la espera

Hoy tengo prisa, algo anda mal, rompí un espejo y pude observarme por entre las aristas, mil veces igual, mil distinto. Tanta fragmentación me dejó pensativo. Crear es romper un espejo.

Tiene sus rarezas el pensamiento. Salirse de uno mismo para poder observarse. O ensimismarse tanto para ser sólo uno mismo. Un punto de curiosidad y otro de lascivia entrechocan sus manos, sus labios, sus mejores cuerpos de cada día. Un equilibrio difícil sobre el andamiaje de los signos. No es fácil ser otro para poder ser uno mismo.

Uno mismo: el concepto se las trae. Siempre soy el mismo y siempre soy distinto. Quién soy, pues, vaya pregunta. A diario me siento en los bancos del olvido. Son bancos de piedra insomne, de piedra que no distingue entre un

corazón agónico, un desastre consumado o simplemente un mal día. Son bancos que siempre me acogen sin hacerme preguntas. Son hospitalarios esos bancos de piedra insomne. Allí descanso de la luz y el frío, allí observo y me sé observado: soy como tantos otros, una fugaz aparición, un breve suspiro, otra víctima de la palabra, del lenguaje, de esa escisión no escogida, de ese alboroto que sembraron los dioses para arrebatarnos el silencio - los dioses, cuando rompieron los espejos – un enorme o mínimo milagro sentado en un banco de piedra insomne en busca del olvido.

### Revueltas en el laberinto

Un silencio en prosa es un silencio en verso es un silencio. Sólo frágil silencio en tus ojos, que se quiebra a cada parpadeo de tu prosa o tu verso. Qué no parpadeen tus ojos, que me pierdo su pupila y su silencio. Me pierdo el pupilaje de tu palabra en la rotunda oscuridad de un parpadeo.

Estoy perdido y de tu mano, voy descifrando los signos para esclarecer el camino. El laberinto da las vueltas que yo doy sin siquiera moverme. No se inmuta. Parece inmerso en un movimiento que no es el suyo. Soy yo quien

se mueve o cree moverse. Son mis palabras las que acarician las arrugas venenosas de la piedra, las que abren celosías, las que se dilatan en errores y tropiezos con las inexistentes esquinas de este recorrido malicioso. Las que mezclan arena y agua para que la clepsidra se entretenga y no dé la hora antes de tiempo.

¿Tendrá salida, tendrá entrada siquiera, este laberinto?

No es ésa la pregunta. Si entré sin saberlo cómo reconoceré la salida. No se abandona jamás un laberinto. Uno se acostumbra a sus pasillos, a sus esferas azules, a sus vacíos lógicos, sus aguas olorosas, sus anillos y miriñaques. Uno aprende a convivir con sus rotondas, con sus tartamudeos mezquinos, con sus sudores privados, su embaucador regazo y su frío excesivo. Uno se acaba acostumbrando a las circunvoluciones de su propio cerebro. Uno, en su propio cerebro, va recorriendo el laberinto de otro cerebro. De ahí, que necesite tu mano. Y el silencio de tus ojos. Sólo para tener un mínimo apoyo, una breve constatación de que es posible sobrevivir al desmayo.

## En el laberinto (continuación)

O no, que en el desmayo hay que saber desvanecerse solo y del todo. Solo y del todo hasta la abolición de los sentidos... Fue glorioso el banquete de Ateneo: ánades frigios, pavos de Samos, ostras de Taranto, peces del Benaco, cabritos de Ambracia, pichones peonios, perdices de Paflagonia, alcaparras de Alejandría, nueces tacias, dátiles egipcios, liebres mallorquinas y cardos españoles. Vinos de Quios y olivas de Campaña. Son gloriosos mis banquetes de cada día.

En el desmayo no hay que andar desganado. El laberinto es pródigo en fantasías pero su voluntad constante es darle a cada uno lo suyo. A mí me dio tu mano y un ánimo homicida de perseverar en las heridas incurables. Me dio tu silencio y el parpadeo de tus ojos, que tanto daño me hace. Me dio el poder del veneno, la fortaleza del afecto, la nomenclatura antigua del olvido. Me dio una red de oro con la que atraparte y la suficiente cordura para saber que nunca serás del todo mía.

El laberinto no perdona los traspiés ni las dudas. No hay retorno o es eterno el retorno. No hay descanso ni descansillos, tampoco antesalas ni lugares de espera, sólo hay búsqueda y resolución vigilante. En el laberinto sólo hay el

laberinto. En mis insomnios sólo mis insomnios. Y en esta página que ya caduca palpo tu mano con las yemas de mis dedos y prosigo sin rumbo por entre las esferas celestes, los obeliscos de mis cadáveres, las imposturas del desencanto.

### Apuntes para una educación sentimental

Nunca te mentirán mis palabras, aunque ocultarán su esencia como sólo se esconde lo que no se otorga: se merece o jamás se consigue. No me dejaré acotar con un simple cuestionario. Me evadiré sutilmente, una y mil veces, de esa mínima trampa que te empobrece, de ese engaño que te propones, de esa penuria probada con que me crees a tu alcance.

Tendrás, sí, vaya consuelo, todos los datos, los números, las fechas que me requieras, qué importan esas nomenclaturas anónimas, no hay problema, no hay dos vidas iguales ni dos historias demasiado distintas, pero luego dejaré que planeen las sombras sobre tu triste cosecha, dejaré que se hielen como escarcha mis palabras, que se fragmenten como cristales, que se diluyan como agujas en un silencio doloroso, en un frío intenso, en una vorágine, un tumulto, un alud de olvido.

Entonces sentirás que mis caricias no son realmente mías. Y nada podrá hacerte más daño, que esa soledad ambigua con un extraño en mitad de los sueños.

Somos un enigma, y no sólo eso. Somos un rompecabezas que requiere atención y mucha paciencia. Paz y respiración acordes. Palabras entrecortadas y largos silencios. Estancias tranquilas, instantes quietos, gestos leves. Una obra en marcha que nos exige vaciarnos el uno en el otro, y volver siempre a empezar de nuevo. Con ternura y sonrisas. Sin prisas ni aspavientos. Con alegría y dolor ciertos, con curiosidad inagotable, con complicidad generosa. Sin renunciadas.

(Tú lo sabes, lo has sabido siempre, lo sé, lo percibo, pero no hablo para ti en concreto, lo sabemos, hablo para quien tenga otras dudas o para quien no tenga ninguna).

Deja que todo transcurra, que todo decaiga, que todo se plasme lenta pero inexorablemente, y puede que entonces me descubras y sepas de mí lo que ahora todavía ni imaginas. No intentes averiguarlo todo en un solo instante. No existe ese todo ni existe ese instante. No hagas preguntas si quieres respuestas. (Tú nunca las hiciste, yo tampoco). Que puedo confundirte, no en lo accesorio, en lo importante, en lo que más me diluya, en lo que más te deslumbre, en lo que más habrá luego de distanciarnos a

medida que pase el tiempo. Y siempre pasa el tiempo, ya lo sabes. Todo se aprende nunca del todo.

Deja que cuajen las palabras. Adoro los rodeos, los recortes, los contornos a media luz, las sonrisas algo tristes. Deja que estallen los deseos. Que se incendien los páramos, que reluzcan los soles, que se agiten las tormentas, que se pudran incluso los fantasmas. Que las palabras den finalmente paso a los hechos, y que éstos desfilen con su desnudez acostumbrada, con su implacable gramática, con su impecable estilo.

Deja que crezcamos. Poco a poco, hasta que lo hagamos juntos. O absolutamente separados.

## Metáforas en el tiempo

Son horas de silencio las horas del insomnio. Hay un silencio que es propio del sueño y otro de quien escruta la vigilia como en un ejercicio de ensueño. Hay un silencio solitario y otro compartido. Sueño en alcobas de nieve y en amores que parten. Ya se han ido. Sueño en un cuadro silencioso que compone un lugar imposible: un hermoso diván bajo el amargo dintel de los hospitales; los enfermos no

molestan, son sólo rigurosos cadáveres. Sigo invicto, envuelto en niebla o lana o al fin en noche. Solo frente al sueño: oscuro eco, de ascua pura y plena, que lentamente me consume.

Esta locura no es un estado permanente. La barbarie tampoco. Pertenezco a mi sombra mientras tú me ilumines y no podré deshacer los senderos que contigo asendereaba. Nunca nos dijimos aquello que no pensábamos, nunca intenté despertarte ni tú que yo me durmiera. Sólo en tus brazos descansaba un instante. Y me parecía un siglo ese instante. Las cosas duran lo que uno las siente. Ni un segundo de más ni uno de menos. Nada es permanente aunque sea eterno.

Luego llegaron la oscuridad y el frío. Ya sabes, nada cambia, sólo se transforma, y desapareció tu cuerpo como lo hizo el mío. Nada es permanente, ni siquiera la soledad o la pasión, esas complicidades que siempre burlan al lenguaje.

Queda, entonces, en el aire un silencio general que ennoblece a quien lo escucha. Será la rutina de no prestar atención a lo que sucede constantemente. Los instantes de maravilla, de pasmo, de emoción o suspiro son sutiles excepciones. Pero existen... Existen en el vuelo de los pájaros robados, en el hechizo de la luz que nos cifra las

horas con la envergadura de un duende. Existen en una imposible cópula en todos los espacios de la noche. Existen en el reencuentro de los ánades que sobrevuelan mi sombra, la tuya o la que fuera nuestra... ¿Existen?

Existen en el silencio si nuestra vigilia es atenta.

### A solas

Ha sido laborioso luchar contra lo desconocido. Y lo volverá a ser en cuanto retorne. Siempre retorna lo desconocido. No basta edificarse un mundo a medida, no basta con asentarse entre costumbres, rutinas, caras conocidas o voces amigas, no basta con cerrarse a oscuras en el cuarto de uno mismo y desear que nadie llame, nadie irrumpa o algo inusual suceda. No basta con querer la soledad para estar solo. Siempre acecha lo desconocido. Bienvenido sea, aunque a su llegada nos tiemble el pulso, nos encoja el ánimo o se disparen todas las alarmas.

Y se disparan, vaya sí lo hacen, las alarmas. Son alborotadoras sus sirenas, grandilocuentes las prisas que nos entran a su toque, y ridículas nuestras caídas intentado huir escaleras abajo. No hay escapatoria ni salida: lo

desconocido siempre nos ronda en cercandanza y, tarde o temprano, acaba mostrándonos de frente, entonces es cuando debemos utilizar nuestra mejor sonrisa, nuestro saludo más amigable, nuestras palabras más escogidas. Sí, ya sé que no sabes como hacerlo. En tu ignorancia está lo desconocido. Prueba a mirarte en el espejo. ¿Te reconoces? ¿Te reconoces plenamente? ¡Vuelve a mirarte! Fíjate en esa caída del labio, en ese vuelo del párpado, en ese pliegue entre las cejas, en esa sombra muy al fondo de tus ojos. ¿Te reconoces plenamente? No te asustes. No por ahora. Lo desconocido siempre vuelve.

Tiempo y ocasiones tendrás para seguir aprendiendo.

## Insomnio del atrapasueños

¿Quién susurra tu nombre recién ingresas en lo más hondo de los sueños; quién los hiela con una voz instantánea y te deslumbra y te cubre de blanco orlado de rojo, y te ciega y te obliga a darte la vuelta una vez y otra, que descansas sin descanso por entre unas sábanas terrosas; quién te maltrata; quién te agobia y no da respiro? ¿Quién?

¿Quién ordena esas nupcias del terror, quién te con-

serva entre fragmentos olvidados, quién te los recuerda, quién te los ofrece, quién te los niega? ¿Quién te obliga al chillido inaudible en un movimiento que no existe, que te inmoviliza, que te atrapa; en el que haces lo imposible por extender esa mano que no extiendes, que te desoye, que te abandona, que no parece tuya, que ya no lo es? ¿Quién en tus adentros se descuelga por las enredaderas, quién asoma por las celosías y te vigila y te gobierna? ¿Quién?

Yaces con la mirada fija en un punto que se diluye, en una imagen de ti mismo que se inflama y se desinfla, que te atormenta con tus peores perfiles, tus más inestables querencias, tus solitarias amarguras, tus secretos irreconciliables, tu memoria arrasada.

\*\*\*

Todo empezó hace ya tiempo. La conociste al azar de una búsqueda cualquiera. Se instaló en tu casa, invadió tu corazón y tu lecho. Era rubia y era morena, era pelirroja y no lo era. Era lo que tú deseabas que fuera. Y no lo era. Se limitaba a mirarte, siempre jugando con su bisutería extraña. Con sus pendientes de amatista, sus caracolas de otros mares, sus elixires y su colección selvática de piedras, estalactitas y metales. ¿Qué decir de sus cofres repletos de cequíes, de sus arcones a rebosar de escudos y alianzas, de

sus frascos de cristal repletos de jugos, claras de huevo, alumbre, sales de arsénico, amebas de mercurio, sustancias crepitantes? Era sutil en sus alquimias y perfecta en su sonrisa, y quieta, sumisa, entre tus brazos. Y tanta belleza te acabó aterrando. Siempre te aterra lo que no alcanzas.

Y se lo dijiste, y se dio por aludida, y te hizo caso, y se fue como vino, al azar de una huida cualquiera. Y se llevó su ajuar y sus tesoros. Y te dejó una soledad extraña, como a medias, una soledad inacabada con esos ecos extravagantes que sólo tienen algunas hondonadas.

Y te dejó un atrapasueños. Para tus sueños más felices, te dijo, y tú la creíste sólo a medias, y qué mal que lo hiciste, qué incrédulo, que en cuanto se fue lo rompiste en mil pedazos contra el muro de tu inquina, contra el dolor de tu pecho, contra la ira de tus huesos, el sudor de tus noches solas.

Desde entonces te ronda un polvo enamorado, una sonrisa rota, un atrapasueños destrozado.

El final ya lo sabes. Caíste herido sobre las sábanas terrosas, perdiste tus sueños más felices por culpa de un mal gesto, una torpeza desmedida, en una noche cualquiera.

## Una sonrisa triste

Y de repente llega la tristeza, sin haberla llamado, sin esperarla, sin sospecharla. Llega y se instala en ti, como un invitado rollizo que te deja como sin sitio, qué estrecho lo percibes todo, qué agobio, y te muda los colores y te cambia la voz y te hace añicos los sentidos y te hace decir lo que no dices, te hace pensar lo que no piensas, te hace añorar lo que no deseas.

Qué triste la tristeza, cuando no es tuya ni es verdadera, cuando deriva de un equívoco, cuando se aferra tan sólo a la superficie de las cosas y no entra en ellas, no las corroe, no las mutila, ni siquiera las miente... Esa tristeza no puede durar mucho, lo sabes, que esa tristeza muda igual que los vientos, que sólo está de paso y te ha encontrado, ya ves, mala suerte, que pasa pronto esta tristeza viajera, esta tristeza mariposa, nocherniega y tristona. Esa tristeza sonrío poco, que ni siquiera está triste.

Pero nunca se agota la realidad o nunca dejas que se colme. Que no se llena tan fácilmente tu realidad inacabada. Que es muy compleja la trama o eres tú quien la complica. Que entre tus pertenencias hay ocasos y en ellos ausencias, pero nunca renuncias a nada, que siempre lo quieres todo y así te sabes dueño de una inexplicable tris-

teza, de una tristeza renovada y más antigua, que ni viaja ni se muda, que no revolotea, que siempre va contigo como sujeta a tu piel, como adjunta a ti mismo. Que es otra tristeza, que no es la misma, que siempre hay otra, que es verdadera o así tú la piensas y así te la exiges, que nace de ti mismo y para ti te la reservas, que te recorre como un vértigo o un escalofrío, que es el ombligo de un deseo que alimentas como a un hambriento, que acaricia cuanto atesoras y también tus carencias, tus breves apologías, tus fragmentadas alegorías de ti mismo.

Esa tristeza es como una sombra que se fortifica en tu pecho y se enreda hasta en la suela de tus zapatos, que se empeña en hacerte caer y lo consigue y entonces te sonríes, cómo te sonríes, ya lo consiguió la tristeza, piensas, y te hace gracia saberte triste, pero entero, siempre a trompicones por entre la infinitud de los otros y tú mismo.

Sonríes solo. Sólo estas triste.

## El silencio dicente

Hay un silencio que no molesta, que incluso se agradece. Un silencio que es un oasis, que ahorra palabras,

que aclara el ambiente, que lima asperezas y se contenta quieto, ahí entre ambos y todos y ninguno. Ese silencio es dicente.

Sin estridencias nos contiene en un mismo aire y sin esfuerzo nos arroba expectantes como en un remanso donde no soplan más vientos, benditos vendavales, que los que otorgan una igual confianza, una idéntica soledad, un raro equilibrio en un mismo reposo. Compartir ese silencio, cómo purifica.

A veces las palabras lo enredan todo, que son sólo reflejos de un ánimo intranquilo, inestable, de un afuera y un adentro que se temen y no se reflejan, que se agreden, de unas idas y venidas marcadas por la incontinencia, de una miseria que no se conforma, se retuerce, no se acepta, cómo iba a hacerlo, de una angustia que anhela una paz que desconoce. Yo anhelo esa paz, por eso hablo de ella.

Hay un tránsito enfermizo por las cañadas del desconsuelo, por los infiernos concéntricos, por las estaciones vitales de un sentimiento que no conoce el olvido, ni la pausa, ni merece el descanso. Y somos desconcierto y somos torbellino. Que una espiral nos va elevando y nos separa enfurecida de los lugares sagrados y nos arroja a una vorágine de aristas y entonces sangramos, vaya si sangramos, con esa mala sangre escondida y abundante, incon-

tenida, incontenible, que escupimos brutalmente como en un último afán, inútil, desvencijado, por huir de las tinieblas. Y no huimos ni escapamos, que no hay huida, que no hay escape, sólo merodeamos la locura, sólo conseguimos granjearnos las malas artes de los peores caminos, sólo las aflicciones, sólo los desmanes y un ambiguo estro de ángel caído.

A veces, una sola imagen me lleva a la calma. Bendita imagen que sólo dura un instante. ¿Qué no daría yo por ese breve tiempo, por ese silencio dicente? Todas mis palabras.

### Duelo solo o desdoblamiento

Llevas un siglo enjaulado y llevas otro domándote. Y no has aprendido casi nada. ¿Qué puedes aprender entre barrotes? ¿Qué, con ese látigo en las manos?

(Puedo dar rodeos, rugir como endemoniado, lanzarte mis garras y acariciarte con ellas. Puedo mellar tu carne, cerrar tu mirada y lanzarte a un dolor que te hará huir despavorido. Podemos hacernos daño, disponemos de tiempo para ello. Y no somos tan distintos, que somos iguales)

No estás loco, que lo ignoras. No hablas solo, eso sí lo sabes. Que andas desdoblado y un doble esfuerzo se te atraganta. Y que tanta disciplina como te aplicas no es la única amenaza. Una vez y otra te niegas el descanso y te ofreces al enfrentamiento. Siempre te obligas a conseguir lo que no alcanzas. Pero lo haces a tu manera, que tus métodos han sido borrados de los manuales, que son un cálculo complejo, una quimera ilustrada, una rotación escindida y un completo abandono. No es fácil de explicar de qué manera, y tampoco importa. Diríase que asocias lo vacío con lo lleno, lo antiguo con lo nuevo, lo tuyo con lo ajeno que ¿nunca? tuviste.

¿Lo tuyo? ¿Lo ajeno?

Que esbozas perfiles en blanco y negro y después permites que los colores se derramen y encuentren sus propios contornos. Que buscas colmillos entre los pétalos de las flores. Que encuentras cadáveres para repetir los amores que los mataron. Que observas las heridas para igualarlas a las tuyas, quizá en busca del remedio, quizá no, que siempre anhelaste esos venenos...

Te fascina lo que se pudre y cómo se corrompe mientras se descompone. Qué música de olores, qué lenta abolición, qué maravillas que ofrece la carne eclipsada. Adoras el vértigo inexorable de eso que llaman tiempo, y tú llamas

vida. Te flagelas con el mismo látigo, que rasga tu carne cuando la mía en la tuya se desgaja, se fracciona, se sepulta y se disipa.

(No ha sido apunte religioso ni erótico. No de amor ni ensueño. No sólo eso, es algo más. Es constatación de unos hechos, cuando te miras en el interior de ti mismo).

## Penúltimo

Hazlo. O no lo hagas.

Pero no sigas demorando cuanto te exige la vida. Hay urgencias inaplazables, que si no son atendidas se convierten en cánceres, en demencias crónicas, en lutos lánguidos. No te está permitido eternizarte, que los asaltos, los saqueos y las escaramuzas tienen sus leyes en la propia naturaleza de las cosas, que así es el prodigio del arte, y tú sólo tienes que elegir, que la única elección es la elegida.

No lo olvides. Olvídalo.

Seguro que ya sabes que la ronda finaliza al alba prevista o imaginada, que escarbaste sin mancillar, que

exprimiste los frutos prohibidos, que dejaste tus señas de identidad por ahí esparcidas, que fuiste respetuoso con los vientos y con el polen. Y que algo encontraste en ti mismo.

Ya no es hora de dormir. Posiblemente.

*Palma de Mallorca - Badía del Vallés - Palma de Mallorca,  
2000 - 2003*

## Epílogo

*"La ausencia de poesía es el eclipse de la suerte."*

Georges Bataille

### Mensaje en una botella

Un largo silencio se ha interpuesto entre nosotros. Quizá sólo sea un malentendido, una antesala vespertina y leve. Una ceremonia confusa y expectante. O un instante de reposo, de digestión, de duelo. Acaso la certeza mutilada de que siguen existiendo los imposibles, de que no se puede aplacar el airado tumulto de las víboras, la insatisfecha génesis del error primero. La nomenclatura áspera del distanciamiento.

No esperaba este naufragio que no esperaba nada.

Es posible que alguna vez haya asegurado con vehemencia suicida que no existe nada imposible. Lo reconozco. No creo en la juventud como tampoco en la experiencia.

Ni descreo. Puede que, incluso, lo haya dejado escrito en muchas páginas íntimas e incandescentes, buscando la más antigua complicidad conmigo mismo para convencerme. O convencerte. No soy frívolo, creo en las palabras. Y seguro que si cedo a la tentación, las releeré con la sien inflamada de esperanza.

Y hasta puede que siga pensando que no existe nada imposible. Pese a todo.

Llevo días de ayuno en un desierto desfigurado, hincando el acero demente de la espada en la oquedad imaginaria de tus ojos desprovistos de pupilas. Ni el eco me devuelve tan bárbaros alaridos. ¡Qué quieto el aire, qué ausente!

La herida está abierta en mi cuerpo con la osadía de un cielo promisorio y la realidad vacilante de un espejismo. Sediento, sorbo esas aguas de sangre sin sentir entre los labios más amargura que la bruma venenosa de la sal que crepita. No se me aparece otro diablo que el de tu recuerdo. Juego con la arena a borrarle de entre esos signos que reverberan. Sólo consigo construir efímeros castillos embrujados.

Puede que todavía siga esperando el regreso de la suerte. Pero me empieza a faltar el aliento.

## Dedicatorias

A mi padre, en el recuerdo.

A mi madre y hermanos, por estar siempre ahí.

A Paqui Rodríguez Pérez, que me sumergió en la marea de la ingravidez y se atrevió a averiguar lo difícil que es intentar vivir fuera del tiempo... conmigo.

A Juan Alejandro, mi hijo, la prueba irrefutable de que el tiempo, pese a todo, existe.

A Petra Jackson Green, por haber aparecido en el más inesperado de los momentos... y saber sorprenderme día a día.



## ÍNDICE

Prólogo.	9
Interiores	11
La Palabra	47
El laberinto	79
Epílogo	111
Dedicatorias	113

*email del autor: [felixjpb@terra.es](mailto:felixjpb@terra.es)*

*Página: <http://www.telefonica.net/web/juan-planas>*

*Weblog (La Telaraña): <http://jplanas.blogspot.com>*